

HABLAR DE JESÚS

Jorge Oesterheld

Hablar de Jesús

En estos últimos años, el contenido casi único de mis homilías es la persona de Jesús de Nazaret, lo que él hizo y hace; lo que dijo y dice; lo que él siente por cada uno de nosotros.

La experiencia de más de 30 años de sacerdote me ha enseñado que no puedo seguir hablando de las consecuencias que tiene para nuestra vida la fe en Jesucristo dando por supuesto que ya conocemos a Jesús. Si miramos más allá de las personas que vienen a la Iglesia, cada vez son más los que apenas han oído hablar de él superficialmente, y si nos fijamos en los que vienen habitualmente, podemos encontrar en ellos tal cantidad de prejuicios e ideas distorsionadas que para muchos, Jesús es un desconocido que ellos creen conocer.

Además, hablar de Jesús permite acercarse a los problemas más esenciales que tenemos los seres humanos. En estos tiempos de tantos desconciertos, injusticias, crisis personales, familiares y comunitarias; en estos tiempos en los que tantos parecemos ciegos, sordos, paralíticos, leprosos, marginados; en estos tiempos de intolerancias religiosas y discriminaciones de todo tipo; sí, en estos tiempos, lo mejor volver la mirada hacia Jesús y verlo relacionarse con todos esos personajes que nos representan.

Siempre me he resistido a publicar las homilías en forma de texto. Es que cuando leo una muy buena homilía que ya fue dicha, tengo la sensación de estar mirando una bella mariposa pinchada con un alfiler y puesta en un cuadro por un coleccionista. No importa si se trata de una homilía de San Agustín o del Papa; o alguna de las que llegan por mail de a centenares en la actualidad; en cualquier caso, la sensación es estar mirando algo que ya pasó, que pertenece a otro tiempo y estaba destinado a otras personas. Igualmente trato de leerlas, siempre se aprende, y se pueden "robar" algunas ideas. Pero no es lo mismo leer homilías que escucharlas, son dos experiencias completamente diferentes.

Lo que voy a ofrecer aquí es una serie de textos que he ido publicando en internet y que son apuntes previos a las homilías, lo más esencial de lo que quiero después expresar. En el momento de la homilía nunca tengo ante mí ese texto. Cuando uno está hablando, lo que tiene enfrente es a la comunidad, rostros e historias concretas. En el momento de hablar, lo que he preparado antes se enriquece con ejemplos, comentarios y todo lo que va brotando en esos minutos. A veces, por algún motivo, las ideas que se habían pensado quedan abandonadas o postergadas para otra ocasión.

La homilía, un momento personal

Las homilías, como todo en la liturgia, es algo que ocurre en un momento, es algo que hay que vivir. Se trata de un tiempo único: después de la lectura de los textos bíblicos, el sacerdote, sin leer fórmulas litúrgicas, se dirige directamente a las personas allí congregadas. Es un momento diferente al resto de la celebración. La atención se desplaza directamente hacia quien está hablando y hacia lo que está diciendo.

Pero conviene señalar algo que hace de la homilía algo muy especial: esa persona que está hablando "ha sido puesta ahí". Esto tiene varias consecuencias que son muy importantes a la hora de escuchar y de decir una homilía.

En primer lugar hay que señalar lo más obvio: el predicador es alguien representativo de algo. Es más, si por cualquier motivo esa representación le fuera quitada, las personas que ahora lo escuchan dejarían de hacerlo. El peso de sus palabras no depende de sus conocimientos ni de su capacidad. Lo que dice es importante por lo que él significa, por lo que representa, y por eso no puede decir lo que quiera, sino que debe procurar ser fiel a quien está representando.

Dicho eso podemos decir algo sobre lo que se insiste menos, pero que es tan importante como lo anterior: la persona elegida y puesta en ese lugar, es *esa que está ahí*, no otra. Es importante tener conciencia de que quien está hablando debe hacerlo de la manera en la que es capaz y con las formas propias de su personalidad. Tener presente esto es fundamental especialmente para quien tiene que hablar. La Iglesia ha elegido a una persona para que hable desde sí misma, no un robot que repita "frases hechas", aunque éstas sean del Papa, los documentos eclesiológicos, los santos o de quien sea. Para decirlo de otra manera: uno tiene que hablar como es, con su voz, su educación, su cultura, su carácter, sus virtudes y sus defectos. Toda la historia personal de cada uno está involucrada en cada homilía.

Por eso, para ser comprendido en el momento de la homilía, para lograr expresar lo que realmente se quiere decir, lo más importante no es hacer cursos de oratoria, los obstáculos no están afuera sino adentro. Los obstáculos son todas aquellas realidades que impiden ser libre y auténtico en el momento de hablar. Los mayores enemigos de un predicador son esas voces interiores que le imposibilitan ser él mismo, que le impiden ser ese que ha sido elegido para desempeñar esa tarea.

Pueden ser voces que lo asustan haciéndolo dudar de su capacidad, de su fidelidad a la Iglesia, de lo que van a decir el obispo o los otros curas, de lo que van a pensar de él los fieles, o la mamá o el papá; el confesor o el terapeuta. En ocasiones lo que quita libertad es la preocupación por la propia "carrera eclesiológica", la vanidad de sentirse importante, la necesidad de parecer inteligente, o de izquierda, o de derecha... A veces, hay que decirlo, influye el dinero, la necesidad de decir cosas que "atraigan a la gente" y que "los mueva a colaborar". La lista puede ser larga, muy larga, y cada uno tendrá que hacer la suya, pero sin dudas ese es el trabajo a realizar: ser libre, ser uno mismo, poder hablar con alegría y verdad del propio encuentro personal con el Evangelio de Jesús.

En el momento de hablar, cada uno está solo ante su comunidad, y que la tarea nos haya sido encomendada no debería ser un peso que nos abrume sino un apoyo, una garantía, una confianza otorgada que nos habilita y entusiasma para ser originales y creativos.

Es bueno tener en cuenta que lo que se diga en una homilía siempre es poco en comparación con lo que teóricamente se podría decir sobre cada pasaje bíblico. Pero en cada ocasión es necesario elegir decir algo concreto y eso implica

también renunciar a decir muchas otras cosas. Es muy bella esa imagen que compara a la Biblia con un inmenso río al que llegamos con mucha sed, recogemos con las manos un poco de agua, y bebemos en ellas sin mirar el torrente que sigue fluyendo. Lo que importa es esa preciosa cantidad de agua que logramos atrapar. Esa es la Palabra que está viva, lo demás es el texto que sigue su recorrido. Preparar la homilía es elegir ese poco de agua que la comunidad necesita hoy.

Los obispos latinoamericanos, en Aparecida, hablan de la necesidad de "un encuentro personal con Jesucristo" como la clave de toda la vida cristiana, y lo hacen retomando el tema que plantea el Papa Benedicto en su encíclica *Deus Caritas Est* cuando dice "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona". Pregunto: ¿por qué hay que aclarar que no se comienza por una decisión ética o una gran idea? ¿no será que fue justamente hacia allí que se orientaron las homilías, los discursos y los documentos? ¿cuántas veces se plantearon las cosas como para que todos creyéramos que lo primero era la moral y el pensamiento correcto? En nuestra homilías ¿queda claro que lo que importa es el encuentro personal con Jesucristo o, dándolo por supuesto, hablamos solamente de las consecuencias morales o intelectuales de ese encuentro?

La homilía es el momento "más personal" de la celebración litúrgica, no es el momento de "disimular" las características de cada uno sino justamente el de expresarlas. No es la ocasión de repetir lo que ya todo el mundo sabe, sino la de expresar sin temores la propia experiencia y los propios conocimientos. La homilía debería ser la oportunidad de expresar la diversidad y la riqueza de cada encuentro con Jesús, de cada encuentro personal y comunitario. Cada uno de nosotros, y cada comunidad, se encuentra con el Señor de una manera nueva y única, y el momento de la homilía es el más indicado para que eso se exprese.

La pregunta no es ¿cómo decimos mejores homilías? La verdadera cuestión es preguntarnos ¿qué nos lo impide? Y después, ponerse a trabajar para retirar los obstáculos... Creo que el desafío está en ser capaces de acallar esas voces interiores que brotan de nuestro yo (muchas veces impersonal, inseguro, autoritario) y dejarnos llevar por esas otras que nacen en nuestro ser, ese que el Padre ha creado y la Iglesia ha elegido.

El esfuerzo a realizar no consiste en adquirir algo que no se tiene, sino dejar salir algo que ya está. No se trata de adquirir conocimientos sino de quitar obstáculos. Y no hay un momento en el que se quita un obstáculo, hay un avance paciente y constante que no es otra cosa que un viaje hacia el interior de cada uno, hacia el encuentro con ese ser que Dios ha creado y que lleva nuestro nombre. Es un camino en el que no se puede avanzar de concepto en concepto, de palabra en palabra, de idea en idea, porque ese viaje es de experiencia en experiencia y nos lleva hacia una región de nosotros mismos en la que las palabras no alcanzan para decir lo que se ve y se siente. Es un camino que nos lleva a lo más original, a lo que somos.

Enseñar a escuchar

El momento de la homilía es también un tiempo personal único para el que escucha. Así como hay que aprender a hablar en la homilía también es necesario aprender a escuchar en ella. Esa tarea es también del que habla, tiene que hablar enseñando a escuchar.

Hace muchos años tuve la oportunidad de vivir una experiencia sorprendente mientras visitaba una enorme catedral en un país nórdico en el que "la religión oficial" no era la de la Iglesia Católica. Mientras los turistas recorríamos las naves laterales, en el altar central, en un importante púlpito, un predicador comenzó a hablar. No había absolutamente nadie prestándole atención pero él seguía desarrollando su discurso con convicción. Me puse a escucharlo, en realidad a mirar la escena, porque no entendía ni media palabra de lo que se decía. El buen hombre siguió su parlamento unos diez minutos ante un templo vacío, o peor, con turistas que caminaban sin escucharlo ni mirarlo. Finalmente terminó y se dirigió tranquilamente a la sacristía.

Comenté lo ocurrido en la comunidad católica en la que me alojaba y me explicaron que los predicadores de esa catedral eran funcionarios a los que se les pagaba por hablar, y si no tenían público, ellos igual tenían que cumplir con su función. Los predicadores hablaban, si no había nadie, o la gente no quería escuchar, no era problema de ellos.

Creo que en nuestras parroquias y capillas nunca llegamos a situaciones tan extremas como aquella que me tocó vivir ante ese "funcionario-predicador", pero me atrevería a decir que a veces pasan cosas parecidas. En algunas ocasiones uno escucha hablar a sacerdotes que parece que ya se han resignado a no ser entendidos (a veces ni siquiera escuchados). Dicen lo que tienen que decir, hace tiempo que lo repiten, y parecen haber aceptado hace años que nunca se comprenderá su discurso. ("La gente no entiende, uno se lo dice y se lo dice pero no hay caso"). Esto se complementa con algo quizás más patético: personas que misa tras misa se sientan a escuchar algo que suponen, antes incluso de oír la primera palabra, que no van a entender; o que, aunque entiendan no les va a interesar. El que habla, lo hace resignado a no ser escuchado; y el que escucha, está ahí mansamente dispuesto a perder su tiempo.

¿Cómo lograr ser escuchado en la homilía? Simplificando un poco diría que para eso parece que hay solamente dos caminos: el primero, hacer un curso de oratoria que enseñe los trucos necesarios para captar la atención de la gente; el segundo, hablar con el corazón en la mano.

En realidad, si lo que se quiere es anunciar la Buena Noticia, la única alternativa es la segunda. Ahí está la dificultad y la maravilla de la predicación del Evangelio: solo podemos hacerla desde el corazón. Lo importante es que el que habla esté verdaderamente ahí, con toda la verdad de su persona. Los límites que podamos tener a la hora de expresarnos no son un obstáculo insalvable, a veces son más útiles que las mejores virtudes. Hay curas extranjeros con mucha dificultad para el idioma, y a los que resulta difícil entender lo que dicen, pero que sin embargo son más escuchados que otros que hablan claramente pero sin pasión ni convicción. Lo que importa es que el tono, la postura, la actitud interior y exterior, sean los de alguien que vive con intensidad lo que está haciendo y no solamente que está convencido de lo que dice.

Hablar desde el corazón es lo que aprendemos de Jesús si lo miramos predicar; él "sintió *compasión* y se puso a enseñarles" (Marcos 6, 34), ese es su punto de partida. La palabra *compasión* es la traducción de "se conmovió hasta las entrañas", se refiere a algo físico, a algo que se siente en el cuerpo, se conmovió su corazón. Es la misma expresión que se usa para explicar lo que sentía el padre bueno que vio de lejos venir al hijo que había abandonado la casa; es también la misma palabra que se usa para decir lo que sintió el buen samaritano que se acercó al hombre tirado en el camino. Jesús es el que enseña a predicar, él es el que enseña a hablar con el corazón en la mano.

Ahora bien, nadie se puede conmover y sentir *compasión* si no puede ver o escuchar al otro. El que habla no puede hablar con el corazón si no es capaz de ver y sentir la presencia valiosa y única de cada persona que tiene adelante. Y, por su parte, el que escucha no puede conmoverse ante alguien que habla como si el que está oyendo no estuviera allí, que expresa palabras que podrían ser dichas por cualquier otro y a cualquier otro. En demasiadas ocasiones la preocupación de algunos predicadores por decir verdades "objetivas", "esenciales" y "trascendentes" lleva a discursos impersonales, superficiales e intrascendentes.

Una de las responsabilidades que tiene el que habla es la de enseñar a escuchar. En general no tenemos conciencia de que una de las tareas más importantes que tenemos los adultos, especialmente los que hablamos en público, es justamente ésta: enseñar a escuchar con nuestra manera de hablar. O, al revés, hablar de manera que el que escucha aprenda a escuchar. Y para lograr esto, aunque parezca un juego de palabras, la clave es ser capaz de hablar de tal modo que el que escucha se sienta escuchado.

Como en la escuela no siempre se nos enseña a escuchar, se tiene la idea equivocada de que se nace sabiéndolo. Pero no es así, a escuchar también hay que aprender. ¿Y cómo se aprende? Se aprende a escuchar *experimentando el placer de sentirse escuchado*, y eso ocurre cuando hablamos con alguien que por su manera de hablar me demuestra que sabe escuchar, me demuestra que es capaz de entender, de comprender a las personas, de comprenderme. Por eso creo que se aprende a escuchar escuchando hablar a los que saben escuchar.

¿Cómo es esto de que el que escucha se sienta escuchado? Si observamos bien, podemos darnos cuenta de que mientras nos hablan, además de oír la voz del que habla escuchamos la nuestra que, segundo a segundo, está tratando relacionar lo que escuchamos con lo que ya sabemos y lo que vivimos. Cuando el que habla está diciendo algo que está relacionado con mi vida, voy chequeando a cada momento el sentido de lo que me dice; y si me habla de cosas que puedo identificar, descubro un espacio común, me siento reconocido, a veces me siento como adivinado, y hasta descubierto en mis pensamientos.

Pero cuando me hablan de cosas que no logro conectar con mi vida las palabras me suenan huecas y no hay diálogo interior, mi propia voz se ocupa de otra cosa. Entiendo lo que se me dice pero mi voz interior no puede relacionar lo escuchado con lo ya conocido, con mi vida concreta, y, entonces, a los pocos segundos, la imaginación viene en nuestro auxilio y nos aleja de ese lugar.

Por eso el esfuerzo a realizar no es un trabajo de comprensión de textos o palabras; es algo más profundo, más personal. Es observar lo que ocurre en nuestro corazón cuando hablamos o escuchamos.

Cómo preparo las homilías

Proponerme explicar esto es una tarea bastante complicada, porque en realidad no las preparo, al menos no lo hago en el sentido en el que muchas personas se lo imaginan.

Creo que habitualmente se piensa que, cuando el cura tiene que predicar, lo que hace es leer los textos que corresponden a ese domingo, o a la misa que se vaya a celebrar, y después de leerlos llega a la conclusión de que habría que hablar de tal tema. Por ejemplo, si el texto nos presenta ese pasaje de la última cena en el que Jesús habla del mandamiento del amor, entonces el tema es "el amor". El paso siguiente es pensar qué se puede decir del amor que a la gente le interese o le haga bien. Otra posibilidad es relacionar ese texto con otros similares y, por ejemplo, explicar lo importante que es el tema del amor en la Sagrada Escritura haciendo un recorrido entre distintos libros de la Biblia. Para algunos, si lo que corresponde es hablar del amor, entonces habrá que aprovechar esa ocasión para hablar del "verdadero amor" y compararlo con "eso que ahora llaman amor".

En primer lugar, me parece algo parecido a un crimen reducir cualquier pasaje del Evangelio a "un tema". Justamente una de las maravillas de casi todos los textos bíblicos es que no pueden reducirse a un tema, sino que en cada lectura, y en cada contexto, parece abrirse un abanico inagotable de temas, subtemas, silencios, gritos, misterios, gestos, emociones, vidas, muertes y un infinito etc. Decir "a ver de qué habla hoy el evangelio" y llegar a la conclusión de que habla de tal cosa, y que "hay que hablar" de eso, es algo que, lo confieso, hago solamente cuando no queda tiempo para preparar nada y urge salir del paso de alguna manera.

En segundo lugar me resulta imposible hablarle a "la gente". Para mí "la gente" no existe, lo que tengo enfrente mientras predico son personas concretas que viven en tal lugar, que tienen determinada edad, cultura, gustos. Habitualmente son además personas con las cuales comparto la comunidad, o que al menos conozco aunque sea de vista y de las que algo sé de sus vidas. En muchas ocasiones, antes de la celebración he estado confesando, y he escuchado problemas a veces trágicos y muy dolorosos. Es imposible prescindir de todos esos datos a la hora de predicar el Evangelio.

Bueno, ya dije dos cosas que no hago para preparar una homilía, ahora intentaré decir algo de lo que sí hago. Para hacerlo me gustaría empezar por recordar esos pasajes de los evangelios en los que se relata cómo Jesús cura a personas que son mudas. Lo hace "abriéndoles el oído". Como sabemos, habitualmente las personas que no pueden hablar se debe a que no pueden escuchar. Para que se suelte la lengua Jesús abre el oído.

Recuerdo esto cuando no sé qué decir. He aprendido que si no sé qué decir es porque todavía no escuché suficiente. Antes de hablar conviene escuchar, y si

después de escuchar sigo sin saber qué decir, entonces lo que tengo que hacer es escuchar más. Para decir homilías es indispensable saber escuchar.

¿Entonces se trata de leer mucho la Biblia y escuchar atentamente a las personas? Sí, evidentemente sin eso no se puede hacer nada; pero en realidad ahí solo empieza el camino. Además de leer, hay que leer bien, y otro tanto vale para el escuchar.

Sabemos que no basta ir a la escuela para saber leer, allí nos enseñan a identificar las letras y, a veces, el significado de las palabras. Después de eso falta un largo camino para aprender qué leer y cómo. No es lo mismo leer una novela que un informe económico; ni leer para preparar un viaje o para dar un examen. Tampoco se lee la Biblia como cualquier otro libro, pero además hay muchas maneras de leerla según sea lo que uno está haciendo en ese momento con el texto sagrado. Se puede leer la Biblia por muchos motivos, por ejemplo, puede ser para enseñar teología o para la catequesis, o también para meditarla y enriquecer así la propia vida espiritual; puede ser además que uno la lea para preparar una homilía ¿Cómo hay que leer en ese caso?

Lo que yo hago quizás suene un poco raro pero es así: leo el texto hasta que él me entrega una palabra que esté viva; y me doy cuenta que una palabra que brota de ese texto está viva, cuando despierta una palabra igualmente viva en mí.

¿Cómo es una "palabra viva"? para empezar, es todo lo contrario a "un tema" que sea interesante para "la gente". Para seguir, descartemos por completo cualquier idea que nos pueda hacer pensar en algo así como una iluminación celestial, "de pronto el Espíritu me revela un mensaje", nada de eso. Es algo más maravilloso, más serio, y, a la vez, más simple y cotidiano. No es preciso ir a la universidad ni hacer un curso de oratoria, todos lo hemos hecho y lo hacemos.

¿Cuándo? Es fácil, basta recordar alguna conversación en la que más o menos imprevistamente brota en nosotros una palabra que está viva, de golpe sabemos que eso es lo que queremos decir, que eso es lo que quiero que el otro entienda, que eso es lo que desde hace mucho quiero expresar y no puedo. Importan poco las palabras concretas, puede ser una receta de cocina o "te amo"; lo que importa es que estoy diciendo algo que está vivo, que estoy experimentando una palabra que está viva en mí. Una palabra está viva cuando brota de mi ser, de lo más profundo de mí mismo.

Los textos, aunque sean de la Biblia, son solamente eso, textos, conjuntos de palabras. No es lo mismo "un texto bíblico" que "una Palabra de Dios". Leyendo la Biblia puedo escuchar la Palabra viva de Dios, o puedo escuchar cualquier otra cosa, hay hasta asesinos que deciden matar leyendo la Biblia. Para pasar del texto a la Palabra es necesario encontrar entre esas letras algo que esté vivo y me dé vida, que toque mi ser y lo ponga en movimiento. Hacer esto con otros, en comunidad, enriquece ese momento y genera mejores homilías.

Un ejemplo bien concreto: ¿Por qué será que el mismo cura que habla de manera insoportable en el sermón, un rato después es alguien divertido e interesante cuando habla de fútbol? Lo bueno es que al sermón "lo preparó" y al discurso futbolero lo improvisó en el momento. Ese cura no tiene que hacer un

curso de oratoria o preparar mejor la prédica, al escucharlo comentar el partido queda claro que sabe hablar muy bien, *de lo que le importa, de lo que afecta su vida concreta*. No es que no le interese su comunidad ni la palabra de Dios, pero el fútbol lo emociona de una manera diferente, le cambia la cara, está vivo. Haría bien en preparar menos su homilía y averiguar mejor qué es lo que realmente lo conmueve, lo que despierta en él esa pasión que pone todo su ser en movimiento. Seguramente si se lo preguntamos nos respondería que hablar del Evangelio le importa más que el fútbol, y nos estaría diciendo la verdad, pero después, en el momento de expresarse, lo que se muestra es otra cosa.

Podemos decir que son realidades diferentes, el fútbol es un juego y la predicación algo muy serio. Sí, sin dudas es así, eso es lo lamentable, que la relación con Dios ha dejado de ser un juego, algo en lo que nos jugamos todo, en lo que se nos va la vida. Eso es un juego. Un juego no es solo un entretenimiento sino algo que, aunque sea entretenimiento, es vivido de tal manera que involucra todo nuestro ser. Eso es justamente lo que conviene preguntarse al preparar una homilía ¿qué va a estar en juego cuando me ponga a hablar? ¿hoy qué nos importa (a la comunidad y a mí) de este Evangelio? Si no hay nada en juego, ninguna palabra estará viva. Si no hay nada en juego, "todos pierden".

50 apuntes para homilías

1

Una voz que grita en nuestro desierto

Lucas 3, 1-6

El año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio, cuando Poncio Pilato gobernaba la Judea, siendo Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisania tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, Dios dirigió su palabra a Juan, hijo de Zacarías, que estaba en el desierto.

El texto del Evangelio comienza con una lista de nombres de personajes y lugares que suenan a nuestros oídos un poco extraños y difíciles. Pasamos rápidamente por encima de ellos para ir al encuentro de algún "mensaje", o alguna "idea", que ilumine nuestra vida espiritual. Sin embargo, en esos nombres puede estar la clave, quizás ahí se esconde una enseñanza.

Lucas escribe para los griegos a los que quiere presentarles la persona de Jesús y, como es sabido, la cultura griega estaba poblada de historias dioses y mitos, relatos y fábulas que pretendían explicar el origen del mundo y los dramas de los hombres. La "mitología griega" ha llegado hasta nosotros con narraciones cargadas de los simbolismos con los que se intentaba entender el misterio humano.

Todos los nombres y datos con los que comienza este texto son para decir que los relatos evangélicos no son un mito más; que las personas y acontecimientos de los que se habla son reales e históricos, son acontecimientos ocurridos en un tiempo y en un lugar concretos.

La Navidad que estamos a punto de celebrar no es un mito, una leyenda, es un hecho: realmente Jesús nació entre nosotros; realmente vivió, predicó, murió y resucitó. Los textos de los Evangelios nos hablan de hechos que cambian la historia de la humanidad, por eso lo que celebramos es algo histórico, no es un sueño.

Tenemos que recordarlo en este tiempo en el que la figura del pesebre va desapareciendo, y poco a poco es reemplazada por fábulas y mitos que ni siquiera tienen el contenido y la belleza de los griegos, son solo imágenes vacías de significado. En esta cultura del entretenimiento y el zapping no se sabe qué hacer con esa imagen poderosa e incómoda que muestra simplemente a un niño naciendo entre animales. Esa es hoy la voz que grita en nuestro desierto.

¿Qué quieren?

Juan 1, 35-42

El se dio vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué quieren?". Ellos le respondieron: "Rabbí -que traducido significa Maestro- ¿dónde vives?". "Vengan y lo verán", les dijo.

El comienzo de la vida pública de Jesús parece casi un encuentro casual: Juan el Bautista al ver pasar a Jesús les dice a dos de sus discípulos que ese que está ahí es "el Cordero de Dios". Ellos comienzan a seguirlo, intrigados, hasta que el Señor se da vuelta y pronuncia las primeras palabras con las que iniciaría sus tres años de incansable predicación: "¿qué quieren?" Después dirá muchos discursos memorables pero sus primeras palabras son así de concretas y simples, "¿qué quieren?".

Y esas siguen siendo sus primeras palabras cada vez que nos acercamos a él. De una manera u otra nos pregunta qué queremos. Y nosotros, ¿qué queremos? ¿para qué nos acercamos a Jesús? ¿para qué vamos a misa? ¿para qué rezamos? ¿para qué lo buscamos? Todo dependerá de la respuesta que brote en nuestro corazón.

Los discípulos responden algo bien concreto: "Maestro ¿dónde vives?". No dicen "queremos que nos salves, o que nos cures, o que nos enseñes...", el interés no está puesto en ellos mismos, en algo que ellos necesiten o busquen; lo que quieren es saber más de él, y algo bien específico: "¿dónde vives?"

A nosotros, que miramos la escena desde lejos, no se nos dice donde vivía Jesús, cómo era ese lugar; solo se nos informa que el Señor a ellos sí les dice dónde vivía, y que fueron y vieron donde era; y se nos dice también la hora "alrededor de las cuatro de la tarde". Ver dónde vive alguien nos dice mucho de cómo es esa persona, ver el lugar permite saber también el cómo, de qué manera vivía. Para ellos es tan impactante que a partir de ahí comienzan una nueva vida, empiezan a contar ese encuentro a sus amigos y los invitan a que ellos también vengan ver, es tanta la impresión que les causa que dicen "hemos encontrado al Mesías".

La pregunta sigue ahí, dirigida a todos los que decimos que lo buscamos: "¿qué quieres?". Según sea nuestra respuesta quedará claro si realmente lo buscamos a Él o si seguimos dando vueltas sobre nosotros mismos. ¿Sinceramente, queremos saber dónde vive? ¿Y si resulta que vive muy cerca? ¿qué hago si vive en mi barrio? ¿y si llega a vivir en mi hermano o en mi corazón?

Mirar diferente

Marcos 1, 14-20

«El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en la Buena Noticia.»

Para ver ese Reino de los Cielos del que nos habla Jesús hay que convertirse, ¿qué significa esto? ¿qué es convertirse? En primer lugar es mirar de otra manera, cambiar el punto de vista. A veces nos proponemos vivir como Jesús sin dar ese paso previo que es mirar la realidad desde el lugar que la mira él. Lo primero es ver a Dios como él lo ve; después podemos ver las personas, las cosas, la creación entera como él las ve. La invitación es a cambiar nuestro punto de vista sobre nosotros mismos, vernos con sus ojos, vernos como nos mira el Padre que nos ha creado .

¿Y cómo nos mira Dios? ¡Esa justamente es la Buena Noticia! Su mirada llena de amor y compasión es lo que tenemos que creer. El paso que estamos invitados a dar, lo que se nos propone aceptar, es que la mirada de Dios sobre nosotros, y nuestro mundo, es mucho mejor que la nuestra; que cuando Él nos mira se conmueve de compasión.

La dificultad que tenemos para creer está en lo buena que es la Buena Noticia. Estamos bien entrenados en aceptar malas noticias, en procurar entender lo incomprendible. Lo que cuesta creer es que la noticia sea tan buena; que la noticia sea que Dios no es como nosotros lo imaginamos; que Jesús nos diga que Dios no se fija en lo que nos merecemos sino en lo que necesitamos.

Entonces el Señor comienza a llamar a sus primeros discípulos, son pescadores que en un momento dejan todo por seguirlo. No son especialistas en cuestiones religiosas que tienen que hacer un curso para después ponerse a enseñar, simplemente se dejan llevar por su entusiasmo. Ellos quieren anunciar al mundo esa nueva manera de ver la vida que ese misterioso carpintero vive y contagia.

Para que siga la fiesta

Juan 2, 1-11

Éste fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

Jesús hace "el primero de sus signos", para "manifestar su gloria", en una fiesta. No en el Templo, no en la sinagoga, no ante una multitud. Es simplemente una fiesta y Jesús actúa para que la fiesta no sea un fracaso, para que esa familia no quede mal ante sus invitados. No hay sermones, no hay alguna enseñanza importante para esa gente que está ahí reunida, hace todo casi a escondidas. Lo único que importa es, a pedido de su madre, salvar la fiesta.

En los evangelios aparece muy claro que Jesús participaba habitualmente de las fiestas, se llega a decir de él que era "un glotón y un borracho". Y además describe el final de los tiempos como una inmensa fiesta. Antes de su muerte y sabiendo lo que iba a ocurrir organiza una comida con sus amigos para despedirse. Incluso en alguna de sus parábolas describe a Dios como alguien que convoca a una fiesta a la que invita a todos, "buenos y malos".

En cualquier circunstancia Jesús celebra la vida y nos invita a celebrarla. En nuestro tiempo, y en nuestra cultura "occidental" y consumista, la pregunta que nos surge naturalmente es ¿qué hay que celebrar? Y si no encontramos un buen motivo decimos ¿cómo vamos a hacer una fiesta en medio de tantos problemas? Pero Jesús era pobre, y entre los pobres la pregunta es otra ¿por qué no celebrar? Si los pobres van a esperar a que se acaben las dificultades no van a poder celebrar nunca. Una de las características de los que menos tienen es que celebran muchas fiestas, justamente por la precariedad en la que viven es que siempre celebran la vida.

Para nosotros, en nuestro contexto cultural, las fiestas son otra cosa, no son para celebrar la vida sino para aturdirnos un rato, distraernos, entretenernos. Las fiestas se relacionan muchas veces con los excesos, de comida, de bebida, de ruido o de música, porque en realidad no son ocasiones para celebrar la vida sino para olvidarnos de ella. Vivimos atrapados en todo tipo de tensiones y eso nos precipita a vivir momentos que son de evasión, no de compartir la alegría sino de olvidarnos del dolor.

No es a eso a lo que nos invita el Señor. Cuando él se ocupa de que esa boda llegue a un buen final lo que hace es ocuparse de las personas que están ahí, ofrecerles la posibilidad de vivir en plenitud un momento único de sus vidas.

Cada domingo estamos invitados a celebrar la fiesta de la vida, cada eucaristía es preparación de aquella fiesta definitiva en la que nos encontraremos con el Padre. Hoy Jesús transforma el pan y el vino para que la fiesta no se interrumpa, así manifiesta su gloria para que sus discípulos creamos en él.

“¿Has venido para acabar con nosotros?”

Marcos 1, 21-28

¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido para acabar con nosotros? Ya sé quién eres: el Santo de Dios». Pero Jesús lo increpó, diciendo: «Cállate y sal de este hombre».

Todos estaban asombrados porque enseñaba con autoridad ¿por qué ese asombro en una sociedad que era muy autoritaria? ¿por qué ese asombro en personas acostumbradas a obedecer a sus patronos y a los jefes de la sinagoga o del pueblo? ¿porqué asombraba su autoridad en un ambiente autoritario?

No es lo mismo autoridad que autoritarismo. El que tiene autoridad no se apoya en sus cargos o en sus conocimientos para imponerse a los demás; el autoritario necesita recordar a los otros su sitio, su lugar social destacado, sus conocimientos; en una palabra, su poder. En cambio, el que tiene autoridad habla desde sí mismo, habla simplemente como una persona que transmite algo que cree, no impone, ofrece. Eso es lo que asombra a esas gentes acostumbradas al mal trato y la imposición; el Señor habla de otra manera, “no como los escribas”, esos que había que escuchar porque habían estudiado, pertenecían a destacadas familias, y parecía que sabían mucho.

De golpe la escena es interrumpida por alguien que también sabe mucho. Un “espíritu impuro” que habita en uno de los presentes y que empieza a gritar. Ese espíritu ya sabe quién es Jesús y pregunta “¿Has venido para acabar con nosotros?”

Ahora, en este momento, al contemplar esta escena, tenemos la posibilidad de dejarnos llevar por las imágenes que han cargado en nuestra imaginación las películas, o los relatos, sobre los endemoniados; o podemos seguir otro camino más práctico y más comprometedor: escuchar atentamente el texto, dejar la imaginación en silencio, y preguntarnos: ¿no aparecen en nuestro corazón, en algunas ocasiones, esas voces que nos invitan a rechazar lo que Jesús nos dice? Y más concretamente: ¿no aparece en nosotros un fuerte rechazo a todo aquello que implique modificar la idea que ya tenemos de Jesús?

Este espíritu, que cree que ya conoce a “Jesús Nazareno”, y siente que lo quieren destruir porque lo que escucha no es lo que quiere escuchar ¿nunca anduvo por nuestro corazón? ¿Cómo saberlo?

Para respondernos el primer paso es dejar de imaginar esos espíritus con cuernitos y colas largas, un “espíritu” es otra cosa: es algo que no vemos pero que podemos sentir que nos mueve. Puede ser un odio, una envidia, una ambición; o, también, puede ser un amor, unas ganas de compartir, o el “Espíritu Santo”. La pregunta que importa es ¿qué nos mueve?

Jesús hace callar a ese espíritu que mueve a ese hombre a no escuchar su Palabra y que impide escuchar a los demás; y le ordena salir de ahí, dejar en paz a esa persona, dejarla oír las palabras que la van a hacer libre. Parece que ese

“espíritu” estaba acostumbrado a escuchar palabras autoritarias que lo mantuvieran sometido a los que mandan y cuando lo invitan a la libertad siente que lo quieren destruir. Jesús no quiere esos seguidores atemorizados que después solo saben atemorizar a otros. Él habla de una manera nueva, “llena de autoridad”.

Jesús no se enfrenta con la persona que levanta la voz sino con ese espíritu que hay en ella. Jesús siempre está a favor de las personas y en contra del mal que paraliza y aterroriza a las personas. Su autoridad libera, no esclaviza.

En nuestros días son muchos los que escuchan el Evangelio, participan de la misa y prestan atención en las homilías, pero no logran liberarse de ideas muy pobres y pequeñas de Dios. No sólo se imaginan el diablo con cuernos y cola, se imaginan a Dios como un juez implacable con barba y enojado. Por eso, muchas veces, quienes participan poco de las celebraciones y saben poco de “religión”, entienden mejor lo que quiere decir el Señor, que quienes creen que ya lo conocen.

Jesús ha venido a destruir todas esas imágenes falsas, infantiles, interesadas: Él, cercano, tierno, misericordioso, es la única imagen del único Dios que no inventamos nosotros, del Dios verdadero.

Vayamos a otra parte

Marcos 1, 29-39

Todo el mundo te busca. Él les respondió:
Vayamos a otra parte, a las aldeas cercanas,
para predicar también allí; que para eso he
salido.

Después de predicar en la sinagoga de Cafarnaum, donde todos quedan impresionados porque hablaba "con autoridad" y porque había liberado a un hombre atrapado por un "espíritu impuro", dice el texto que Jesús va a la casa de Pedro, allí encuentra a la suegra postrada "y la hizo levantar". Esto se repetirá muchas veces en la vida del Señor, sus milagros ponen de pie, hacen hablar, liberan, reparan, devuelven a las personas algo que deberían tener y no tienen. Sus milagros restablecen la dignidad de los que se están cerca de Él, les devuelven lo que les corresponde.

La gente se congrega, "la ciudad entera" dice el evangelista Marcos. El texto nos muestra que todo el pueblo está conmovido con la manera de hablar y de actuar de Jesús y que el Señor sanaba a muchos y expulsaba demonios. Pero, además, hace algo que llamará la atención: antes que amaneciera se levantó, salió y fue a "un lugar desierto" para orar. Pedro y sus compañeros salen a buscarlo hasta que lo encuentran, esto quiere decir que no sabían donde había ido y que el lugar en el que estaba no era cerca o de fácil acceso. Jesús no solo se fue, se ocultó.

Está claro que las personas se congregaban en la casa de Pedro y él no sabía adónde estaba Jesús ni qué responder, por eso le dice: "todos te andan buscando". Había más enfermos que atender y más hombres y mujeres atrapados para liberar. Pero Jesús no responde a lo que esperan "todos" y decide irse: "vayamos a otra parte".

¿Por qué se va? ¿por qué se oculta? Comienza a manifestarse uno de los grandes misterios: el silencio de Jesús, el silencio de Dios... Pedro y la gente que lo busca quieren que Jesús se quede y que solucione todos sus problemas, como esperamos también nosotros. Pero parece que Jesús quiere plantear las cosas de otra manera. Él toma una iniciativa y nos deja tomar la siguiente, estamos invitados a un ida y vuelta, a una relación de reciprocidad, a un vínculo que también depende de nosotros. Que aparezca y desaparezca, que se quede y después se vaya, deja un espacio para nuestra respuesta, hace posible un intercambio, hace posible el amor.

Para eso nos pone de pie, nos cura, nos libera, para que podamos responder desde nosotros mismos; para que la relación no sea entre un Jesús que da todo y unos discípulos que solo reciben. Él nos da la capacidad para responder y espera nuestra respuesta. No nos trata como a incapaces, nos trata como a personas, respeta nuestra dignidad.

Él no es un curandero, Jesús viene a inaugurar una nueva manera de relacionarse con Dios. Está diciendo con palabras y con gestos que Dios no es alguien que está a nuestra disposición para responder a nuestras expectativas, que es mucho más que eso, que es más de lo que podemos imaginar y desear: que Dios es nuestro Padre, nos ama, y nos quiere hijos, no esclavos.

Conmovido, extendió la mano

Marcos 1, 40-45

Conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo:
Quiero: queda limpio.

“Puedes purificarme”, otros traducen “puedes limpiarme”. La sensación que se quiere expresar está clara: este hombre se siente sucio, siente una suciedad profunda, humillante. La enfermedad lo marginaba de la sociedad, no podía entrar en los pueblos y tenía que vivir en los caminos.

La sociedad discriminaba a los leprosos y además se los marginaba religiosamente. El enfermo era declarado impuro, pecador, no podía presentarse en el Templo, no podía presentarse ante Dios.

La lepra es una enfermedad que no conocemos en nuestra sociedad, pero la sensación que tenía el leproso sí es conocida. Cualquiera de nosotros puede haber experimentado esa sensación de suciedad profunda; o esa marginación social que hace sentir a alguien un indeseable; algunos pueden haber sentido que no eran dignos de presentarse ante Dios.

Jesús, se conmueve y se deja llevar por su corazón conmovido: rompe todas las leyes humanas y religiosas, se acerca y lo toca. En ese mismo momento, al tocarlo, según la ley de los judíos Jesús queda impuro, ahora él también está sucio. Pero el Señor es el que da la pureza, es él el que limpia y devuelve la dignidad a ese hombre.

Los domingos pasados veíamos al Señor que hablaba con autoridad, expulsaba espíritus impuros, curaba en sábado. Hoy lo vemos tocando al leproso y salteándose así un mandamiento social y religioso fundamental. Sin embargo Jesús se preocupa de que ese hombre cumpla la ley, tiene que ir a presentarse al sacerdote, mostrar que está curado y de esa manera reintegrarse a la comunidad. Solo le pone una condición: que no diga quien lo había sanado.

El hombre no cumple su promesa, lo dice a todo el mundo y entonces se invierten los lugares: ahora es Jesús el que no puede entrar, el que tiene que vivir en los caminos, el leproso, el impuro.

Lo dirá San Pablo después: “a aquel que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado en favor nuestro, a fin de que nosotros seamos justificados por él” (2 cor 5,21). Jesús no nos salva “desde afuera”, no pone condiciones, no espera a que estemos sanos, él da el primer paso aún sabiendo, como en este caso, que será traicionado; aún sabiendo que ese hombre se aprovecharía de él; aún sabiendo que volveremos a pecar, él se juega por nosotros.

Entonces todo queda al revés: “y acudían a él de todas partes”. Ahora la pureza ya no está en el Templo, está en los caminos, junto a los leprosos. Ahora la salvación no está en el poder sino en la Cruz, ahora los bienaventurados son los

pobres, porque el Señor se hizo uno de ellos. Ahora nada ni nadie puede impedir que nos presentemos ante Dios.

Para que sepan

Marcos 2, 1-12

Para que sepan que el Hijo de hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados –dijo al parálítico – yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

Jesús vuelve a Cafarnaum y nuevamente se llena la casa en la que él estaba. La gente se amontona en la puerta.

Se presentan cuatro hombres que llevan a un parálítico y como no pueden entrar lo suben por el techo y lo bajan en el medio de la casa. Hacen ese esfuerzo convencidos de que el Señor lo puede curar.

Entonces ocurre algo sorprendente: Jesús, mirando “la fe de esos hombres”, los que habían cargado al enfermo, dice al parálítico “tus pecados te son perdonados”. No lo cura, le perdona los pecados, y no lo hace porque haya demostrado arrepentimiento, lo hace por la fe de los que lo habían llevado hasta ahí.

En ese momento, los que saben mucho de religión, los escribas, que también han ido a escuchar al Señor, piensan: “¡está blasfemando!” Entonces Jesús, primero se dirige a esos ilustrados personajes y les dice lo que ese día tienen que aprender: “para que sepan que el Hijo de hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados”, y después le habla al enfermo: “levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”.

El pobre hombre no habla ni hace nada, solo aporta su pecado, su parálisis, su incapacidad, su impotencia. Jesús actúa mirando la mucha fe que tenían unos y la poca fe de los otros. Gracias a la fe de los que lo habían llevado recibe el perdón y gracias a la incredulidad de los escribas recibe la salud, se puede poner de pie, recupera su dignidad.

A diferencia de otros signos que Jesús hace apoyándose en la fe del que lo recibe, en este texto no se nos dice nada de la fe del parálítico. Es la fe de “esos hombres” la que tiene en cuenta Jesús. Aparece entonces algo nuevo: podemos interceder ante Jesús por otros, podemos pedir por nuestros hermanos. Mirando la fe de unos Dios perdona los pecados de otros.

Además en esta escena se nos muestra con claridad el motivo por el que Jesús hace milagros: para mostrar quién es él y cual es su poder. Presentarse a sí mismo como alguien que puede perdonar pecados y que puede dar vida es presentarse con los atributos del mismo Dios. Jesús hace lo que solamente Dios puede hacer.

Ahora, el que no podía entrar sale por la puerta caminando, la gente lo deja pasar pero la atención, una vez más, no se dirige hacia él: “la gente quedó asombrada y glorificaba **a Dios**”. Lo que verdaderamente importa no son los hombres con fe que lo llevaron, ni la incredulidad de los escribas, ni siquiera la curación del enfermo; lo que importa es que Jesús está mostrando cómo es Dios.

Jesús actúa "para que sepan", para que sepamos también nosotros. Nos está revelando quien es él y como es su Padre y nuestro Padre.

Conviértanse y crean

Marcos 1, 12-15

...y una voz desde el cielo dijo: «Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección». En seguida el Espíritu lo llevó al desierto, donde estuvo cuarenta días y fue tentado por Satanás. Vivía entre las fieras, y los ángeles lo servían.

Al comenzar la cuaresma el texto del Evangelio nos muestra a Jesús en el desierto, (un lugar peligroso); tentado por Satanás, (un peligro aún mayor); rodeado de fieras, (más riesgos). Y se señala también que "los ángeles lo servían", una forma de decir que en medio de esos peligros Dios estaba con Él.

Este relato es continuación del momento del bautismo de Jesús, es lo que pasa después que Jesús sale del agua y se escucha una voz del cielo que dice: «Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección» El evangelista sitúa en este momento, después de que se escuchan esas palabras y de recibir el Espíritu en su bautismo, esta escena que muestra a Jesús rodeado de los peligros del desierto ¿Qué nos quiere transmitir este párrafo cargado de imágenes y señales misteriosas?

Jesús en su vida se encuentra muchas veces rodeado de peligros. Sus días no son tranquilos. Se lo ve siempre yendo y viniendo, discutiendo, enseñando. Se enfrenta con personajes poderosos que buscan la manera de hacerlo callar. Esos peligros irán en aumento hasta el momento de la condena a muerte y la cruz.

Querer ser cristiano, querer vivir la vida del Señor, no es añorar una vida tranquila y sin problemas, al contrario, es decidirse a llevar una vida conflictiva y llena de tensiones. Esto a nosotros nos cuesta entenderlo porque vivimos en un tiempo en el que se piensa en la religión, o la fe, como si fueran técnicas o prácticas para estar en paz, lograr el equilibrio interior y tener una vida tranquila. Hoy muchos cristianos buscan en la práctica religiosa una forma de "sentirse bien" y no se dan cuenta que de esa manera van a contramano de lo que vivió y enseñó Jesús.

Por otra parte, está claro en los testimonios que llegan hasta nosotros, que esa forma de vida no hace del Señor un personaje duro, amargado o angustiado. Se lo ve rodeado de peligros pero tranquilo y confiado, transmite esperanza y se mueve con libertad ante las dificultades. Esa paz y esa serenidad que vive y transmite no son fruto de una vida tranquila y fácil sino de su confianza en Dios, su Padre, su Abba.

Vivir como Jesús, imitar lo esencial de su vida, es vivir esa confianza. Un cristiano no es "practicante" porque realiza ejercicios de piedad o cumple al pie de la letra los mandamientos, lo que un cristiano "practica" es la confianza. Conviértanse y crean... "creer" es confiar.

Los evangelistas no nos presentan a Jesús como alguien al que nunca le pasaba nada malo porque tenía mucha confianza en Dios. Al contrario, nos muestran todos los obstáculos con los que se encontraba Jesús y como los vivía sostenido por su confianza en el Padre.

Cuando se nos muestran los sufrimientos del Señor es para darnos a entender la dimensión de su amor, la inmensidad de su entrega y su confianza. Esto lo vivirán también sus discípulos, ellos vieron en las persecuciones, y en los muchos peligros que debieron enfrentar, una demostración de que Dios estaba con ellos y no la prueba de que Dios los había abandonado.

Convertirse es cambiar de punto de vista, es mirar y mirarnos como nos mira Dios. Convertirse es cambiar de actitudes y de maneras de actuar, es abandonar los malos hábitos y las malas acciones, pero no desde el esfuerzo de nuestra voluntad sino desde la fuerza que nos da verlo todo con los ojos del Señor.

Con nuestras fuerzas y nuestros buenos propósitos podremos cambiar durante un tiempo algunas cosas, pero no es a eso a lo que se nos invita en la cuaresma. Se nos invita a volver a nacer, a vivir como hombres y mujeres nuevos. Se nos invita a celebrar en la Pascua un nuevo nacimiento, una nueva vida, la vida de los hijos que confían en su Padre.

"Conviértanse y crean..." eso nos dará una paz que es mucho más que "sentirse bien".

Palabras con vida

Marcos 9, 2-10

Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan, y los llevo a ellos solos a un monte elevado. Allí se transfiguró en presencia de ellos.

Jesús elige a tres de sus discípulos para que sean testigos. Para que vean algo que después van a tener que contar. Jesús quiere que otros, más tarde, se enteren de lo que iba a ocurrir ese día. ¿A quienes está destinada esta escena? La respuesta es tan simple como conmovedora: a nosotros.

Jesús hace algo que quiere que llegue hasta cada uno de nosotros. Los que están ahí son Pedro, Santiago y Juan, pero están ahí para después contarlo, están ahí para que todos los demás nos enteremos. Jesús se ha tomado el trabajo de asegurarse de que ese momento de su vida se conserve para siempre y que generación tras generación los cristianos podamos observar esa escena.

Si bien el lenguaje y los símbolos nos pueden resultar oscuros o misteriosos en realidad se habla de cosas que hemos experimentado. Todos hemos tenido esa sensación de querer atrapar un momento de felicidad que no queremos que se nos escape: "hagamos tres carpas", instalémonos acá, que este instante no se termine nunca. Y también conocemos la otra sensación: "de pronto miraron a su alrededor y no vieron a nadie, sino a Jesús solo con ellos", súbitamente la felicidad desaparece, estamos solos, el único que queda es el Jesús de todos los días, el que se pone en el último lugar, el del pesebre, el de la cruz. Y es a ese al que se nos llama a escuchar.

Cada uno tiene que leer y releer, dejarse conmover y descubrir algo significativo para su propia vida. Quizás estamos demasiado acostumbrados a escuchar sin conmovernos algo que llamamos "Palabra de Dios". Estos textos solo se convierten en Palabra si los escuchamos con el corazón, si nos importan. Jesús tiene algo para decirnos ¿nos damos cuenta lo que eso significa? ¿nos damos cuenta lo que quiere decir que él nos pida que lo escuchemos?

"Escúchenlo", escuchemos en esta cuaresma, pero no esperemos palabras fáciles que "nos sirvan" y tranquilicen; no nos conformemos con "frases hechas" y palabras lindas, dejemos entrar en nuestro corazón palabras que nos muevan y nos transformen.

Los discípulos se asustan, pasan de la felicidad al miedo en pocos segundos. Pedro habla pero no sabe lo que dice. Lo que ocurre sacude sus vidas, se grabará a fuego en sus almas. Si escuchamos con el corazón sus palabras de vida experimentaremos cosas parecidas y quizás hasta nos veamos a nosotros mismos como transfigurados.

Ya no hay nada que comprar

Juan 2, 13-25

Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del Templo, junto con sus ovejas y sus bueyes; desparramó las monedas de los cambistas, derribó sus mesas y dijo a los vendedores de palomas: «Saquen esto de aquí y no hagan de la casa de mi Padre una casa de comercio».

El gesto de Jesús de echar a los mercaderes del Templo tiene una lectura actualizada bastante superficial y obvia, que podríamos sintetizar así: a Jesús le molesta toda esa feria que se arma alrededor de las Iglesias. A partir de ahí es fácil criticar la riqueza de los curas, empezando por el Vaticano y continuando por el coche o las vacaciones del párroco.

Sin dudas, puede haber aspectos criticables en la forma de vida de algunos eclesiásticos, pero no me imagino a Jesús pensando en eso justamente en ese momento. Lo que está haciendo es mucho más: está diciendo que la casa de su Padre es casa de oración, no de comercio; está echando a los que venden y también a los que compran.

No se trata sólo de poner la atención sobre los que venden las palomas, los bueyes, el incienso, las velas o las estampitas. Los que compran, ¿qué compran? El que vende gana un dinero, y el que compra, ¿qué gana?, ¿qué se lleva del Templo?

Jesús está dando un paso absolutamente revolucionario, está inaugurando un tiempo completamente nuevo, su gesto encierra un mensaje sorprendente: Dios no está en los edificios en los que hay que hacer algunas cosas para ganar su favor, ahora todo es gratis, ya no somos siervos, sino hijos, no puede haber comercio ¡porque todo es nuestro! Ya no hay nada que comprar, ya no hay nada que vender.

Eso es lo que no soportan ni los vendedores ni los compradores, eso es lo que no soportan los que ganan dinero y los que pretenden sobornar a Dios con sus ofrendas. Ha comenzado el tiempo de la gracia. Dios regala la salvación, se acabó esa relación de "yo hago esto para que Dios haga esto otro".

Terminó el comercio, y comenzó la oración, ya no hay un lugar en el que ganar el favor de Dios; se acabó ese Templo, y se terminaron todos los templos. Dios está en otra parte: ahora el lugar del encuentro es él mismo, más concretamente su propio cuerpo.

¿Entonces qué hacer? Aceptar. Cuando nos hacen un regalo hay que aceptarlo. No es tan fácil como parece, aceptar un regalo compromete, establece un tipo de vínculo especial. A veces conviene pensarlo bien. ¿No será mejor seguir con "una relación comercial"? En realidad, para nuestra pequeñez, es más fácil intentar el comercio que la oración, por algo nos inventamos los templos y nos asustamos ante el regalo.

En un negocio, cada uno sigue en su sitio y conserva una cierta independencia; pero ante un regalo, la relación que se establece es diferente. En algunas ocasiones, no se deben aceptar los regalos porque no es conveniente una relación de mayor proximidad personal, sino que es mejor mantener una distancia, una simetría. En los templos, el hombre y Dios, o los hombres y los dioses, conservan siempre sus lugares bien definidos, y, en esa claridad de roles, el hombre logra, de alguna manera, compararse con Dios. Al compartir un espacio y un tiempo con la divinidad, el ser humano logra superar su pequeñez y vivir una ilusoria trascendencia.

Jesús hace trizas esa forma "comercial" de relación con Dios y nos invita a orar, a hablar con él, a pedirle lo que necesitamos, a agradecerle y alabarlo como hijos suyos y herederos de su Reino. No se trata ya de lugares, sino de corazones que aceptan el regalo y se atreven al encuentro.

Este momento es clave en la vida del Señor y en la nuestra. A partir de este episodio se precipitarán los acontecimientos que celebraremos en Semana Santa. Jesús morirá acusado por los jefes del Templo y abandonado por los que preferían comprar la salvación, los que elegían ser esclavos, no hijos.

La cuaresma es tiempo de conversión, de elegir vivir como hijos.

¿Por qué Dios ama este mundo?

Juan 3, 14-21

Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

“Dios amó tanto al mundo” ¿Por qué? ¿Qué ve Dios en el mundo para amarlo así? Si logramos ver eso que él ve podremos también nosotros amarlo como él lo ama.

Dios mira el mundo y no se engaña, conoce todo lo bueno y lo malo que hay en él y lo ama! Así como es. Dios ama el mundo, nos ama, más allá de nuestras virtudes o pecados; nos ama por lo que somos, nos ama porque nos ama.

Sabiendo como sabemos de todo el mal que hay en el mundo nos podemos preguntar por qué, ¿por qué Dios ama este mundo? Para respondernos no conviene enredarse en complicadas reflexiones filosóficas. No es una pregunta que se responda pensando. Lo mejor es mirar nuestra propia vida, nuestra manera de amar: cuando amamos no lo hacemos por lo que el otro hace o dejar de hacer, sino por lo que es.

Todos tenemos la experiencia de amar a alguien más allá de sus limitaciones. Todos esperamos ser amados a pesar de nuestras limitaciones. El amor hacia alguien no nace del cálculo; no brota cuando la lista de cosas buenas es más larga que la lista de cosas malas.

Amamos a las personas como son y como somos. En el amor las debilidades y las limitaciones de cada uno se comparten y se superan juntos. En el amor nos aceptamos y nos sostenemos unos a otros sin hacernos cómplices.

Así nos ama Dios, incondicionalmente pero sin complicidades. Nos dice lo que nos hace mal y nos invita a luchar contra todo el mal que hay en nosotros, en la sociedad, en la cultura. Amar sin condiciones es aceptar al otro tal como es, es decir, con toda su capacidad de ser mejor, de superarse, de crecer. Esa capacidad forma parte de lo que él es, es lo más amable que el otro tiene. Y es también lo mejor de nosotros mismos.

Y en este texto la distinción entre el bien y el mal se presenta sin vueltas, sin largas consideraciones morales; simplemente se recurre a la experiencia, a una experiencia que nos acompaña desde la niñez: cuando hacemos algo malo nos escondemos, cuando hacemos algo bueno queremos mostrarlo. “Todo el que obra mal odia la luz y no se acerca a ella, por temor de que sus obras sean descubiertas. En cambio, el que obra conforme a la verdad se acerca a la luz, para que se ponga de manifiesto que sus obras han sido hechas en Dios.”

El Señor es la luz. Él está siempre y sin condiciones. Los que vamos y venimos, nos acercamos o alejamos somos nosotros. No deja de amarnos cuando nuestras

obras nos llevan lejos, nos ama, conoce lo mejor de nosotros: nuestra capacidad de crecer y cambiar; y, por eso mismo, no deja de brillar para que nos acerquemos.

La cuaresma es tiempo de abandonar todo aquello que nos aleja de la luz, de Dios nuestro Padre, de nuestros hermanos, de nosotros mismos.

¡Ábrete!

Marcos 7, 31-37

Después, levantando los ojos al cielo, suspiró y dijo: «Efatá», que significa: «Ábrete». Y enseguida se abrieron sus oídos, se le soltó la lengua y comenzó a hablar normalmente.

Jesús cura a un sordomudo y lo hace abriendo su oído. Cuando el sordo puede escuchar, entonces se suelta su lengua. Podemos hablar porque podemos escuchar y es escuchando que aprendemos a hablar.

Para saber "hablar bien" hay que saber escuchar bien. No habla bien el que puede despachar largas parrafadas sin recurrir a un papel, ni quien sabe ocultar la verdad detrás de discursos seductores. Habla bien, en primer lugar, el que dice la verdad, no el que miente; el que usa la palabra para construir fraternidad y no para sembrar divisiones y conflictos. Hablar bien no es combinar correctamente algunas palabras sino saber hacer el bien con lo que se dice. No es lo mismo.

Cuando no sabemos qué decir es que no hemos escuchado lo suficiente. Cuando un padre o una madre no encuentran las palabras para comunicarse con su hijo es que aún no han escuchado todo lo necesario. Lo mismo le puede ocurrir a un hijo que no sabe hablar con sus padres, o a un maestro con sus alumnos. Muchas veces no sabemos qué decir, entonces lo mejor es ponerse a escuchar un poco más.

Pero para hablar bien no solamente tenemos que aprender a escuchar a los demás, también es necesario saber escuchar esas voces que suenan en nuestro corazón. Y para escuchar nuestro corazón no aLucasanza con hacer silencio, allí suenan muchas voces... ¿cómo distinguir, por ejemplo, entre las palabras que me susurran al oído la envidia o el miedo, de las que vienen de lo mejor de mí mismo? ¿qué voces interiores son verdaderamente mías y cuáles son un eco de cosas aprendidas y repetidas sin saber muy bien por qué? ¿cómo reconozco la voz de mi conciencia? ¿Y la de Dios?

Nos dice la Biblia que cuando Dios le dijo a Salomón que podía pedir lo que quisiera él pidió "un corazón capaz de escuchar...", es eso lo que lo hizo el más sabio de los reyes... y en muchos otros textos de la Escritura se nos recuerda que se escucha con el corazón, no con el oído. El refrán popular lo dice con menos poesía pero con absoluta claridad: no hay peor sordo que el que no quiere oír...

Quizás el primer paso sea ése: aceptar que somos mucho más sordos de lo que creemos; que hablamos mal y hacemos daño con lo que decimos porque no sabemos escuchar; que estamos sordos y hablamos mal porque solo escuchamos lo que queremos oír. Después, después sí nos puede conmovir este texto que nos muestra a Jesús curando a un sordomudo, es una escena que se dirige a nosotros... es a nuestro corazón al que Jesús le grita: "¡ábrete!"

La salvación no es "no sufrir"

Marcos 8, 27-35

Pedro, llevándolo aparte, comenzó a reprenderlo. Pero Jesús, dándose vuelta y mirando a sus discípulos, lo reprendió, diciendo: «¡Retírate, ve detrás de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.

Pedro contesta "el Mesías". O sea, el salvador, aquel que tenía que venir para salvar al pueblo de Israel. En otras palabras, para Pedro con la presencia de Jesús se habían acabado todos los problemas, los suyos y los de su pueblo. Pero la alegría le iba a durar poco tiempo, el Señor no era el Mesías que Pedro imaginaba.

Jesús les enseña a los discípulos que el Mesías debía padecer y morir; y que si ellos querían ser sus discípulos iban a tener que seguir sus pasos. Entonces Pedro lo lleva aparte, (lo saca del camino) y le dice a Jesús lo que tiene que decir y lo que tiene que hacer, (sale de su lugar de discípulo y se pone en el papel de maestro). Pedro no está dispuesto a cambiar sus ideas, él cree que sabe como debe ser el Mesías.

La respuesta del Señor es muy fuerte y lo pone nuevamente en su lugar: tiene que volver al camino y ponerse a caminar detrás de él, no delante. Eso es lo que hace un discípulo y eso es lo que Pedro es.

Pedro siempre nos representa ¿nunca en nuestra vida intentamos "hablar con Jesús aparte" y explicarle nosotros a él como son las cosas? ¿cuántas veces nos rebelamos ante la idea de padecer y sufrir? ¿o acaso no esperamos también nosotros que nuestra fe en Jesús acabe mágicamente con todos nuestros problemas?

Jesús es muy duro con Pedro y lo llama "Satanás". Pero no lo aparta del grupo de los doce, solamente lo pone en su lugar: "ir detrás", seguirlo, ser discípulo. Tiene que aprender que sus pensamientos no son los de Dios. El Dios de Israel no es como él se lo imagina; no es un ser todopoderoso que por arte de magia suprime todos los sufrimientos humanos. Dios es más que eso, es un Padre que ama a sus hijos y que tiene preparada para ellos una salvación que no consiste solamente en "no sufrir". Ese Dios Padre viene a invitarnos a una vida totalmente nueva.

"El que quiera salvar su vida, la perderá", eso es lo que intentó hacer Pedro. "El que pierda su vida por mí la salvará", eso es lo que propone Jesús a Pedro: que deje de lado su manera de pensar; que abandone sus pretensiones de ponerse en el lugar de Dios; que se deje enseñar.

Eso es lo que nos propone a nosotros: que dejemos de soñar con una vida sin dolor y aprendamos junto a él una manera nueva de vivir. Que descubramos lo que finalmente descubrió Pedro: la vida no es plena cuando se huye del dolor

sino cuando se aprende a entregarla, cuando se convierte en servicio, cuando con el amor se atraviesa el dolor.

15

Ser o no ser "de los nuestros"

Marcos 9, 38-48

El que no está contra nosotros, está con nosotros. Les aseguro que no quedará sin recompensa el que les dé de beber un vaso de agua por el hecho de que ustedes pertenecen a Cristo.

Juan, que antes estaba ansioso por quien ocupaba los primeros lugares, ahora está atento a si alguien es "de los nuestros" o no es "de los nuestros". En realidad el discípulo sigue planteando el mismo tema de diferente manera, porque ser "de los nuestros" es ser de los primeros, ser de los que forman parte del grupo de los elegidos.

Jesús ve las cosas de otra manera y dedicará mucho tiempo y esfuerzo en cambiar la cabeza y el corazón de los discípulos sobre estos temas. Nada más ajeno al proyecto de Jesús que esa búsqueda de los primeros lugares y esas concepciones sectarias de la vida.

Esto es especialmente importante en nuestro tiempo de desconciertos, en el que las personas trabajosamente tienen que ir construyendo el sentido de sus vidas a partir de sus propias convicciones. A diferencia de otras épocas, hoy al nacer no llegamos a un mundo de verdades claras e inmutables, de referencias seguras y confiables. Por eso mismo conviene estar atentos para no caer en la trampa de la solución fácil de los que nos proponen "ser de los nuestros". Jesús no nos invita a diluir nuestro ser en un "nosotros", nos anima desplegar lo que somos, a ser cada uno ese ser único creado por Dios. Lo dirá muchas veces: "ustedes son hijos, no esclavos".

Es en ese contexto que el evangelista presenta a Jesús hablando de no escandalizar a los pequeños, a los que no saben valerse por sí mismos. Fácilmente nos imaginamos esas frases sobre el escándalo como referidas a los abusos sexuales de los menores y de esa manera acotamos el tema a lo patológico y lo sacamos de nuestra vida cotidiana. Jesús va más allá: lo grave es abusar del indefenso siempre, en cualquier tema y de cualquier manera. El pensamiento sectario, la actitud de quienes se sienten por encima de los demás, también son formas de abuso de poder, también son escándalo que merece el durísimo castigo señalado en el texto: sería preferible para él que le ataran al cuello una piedra de moler y lo arrojaran al mar...

La propuesta de Jesús es diferente a la que imaginaban sus discípulos, para él lo importante no es pertenecer a un grupo de elegidos, lo que importa es otra cosa: "les aseguro que no quedará sin recompensa el que les dé de beber un vaso de agua por el hecho de que ustedes pertenecen a Cristo". El vínculo no es con un "nosotros" de iluminados sino con el mismo Jesús (pertenecen a Cristo). Y no se trata de un vínculo ideológico (los que piensan igual), ni moral (los que son mejores), ni cultural (los que van a misa), sino afectivo (los que dan de beber).

El vínculo desde el que se establece ese "nosotros" que propone Jesús es el servicio, es el amor, por eso entre los que siguen al Señor no hay lugar para un "nosotros" sectario y soberbio.

Las mujeres y los niños

Marcos 10, 2-16

Les aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él. Después los abrazó y los bendijo, imponiéndoles las manos.

Una primera lectura del evangelio de este domingo nos hace pensar que el tema central que se nos propone es el del divorcio y todas sus consecuencias para la vida de las familias. Como además es una cuestión de actualidad y una realidad dolorosa para muchas personas, es fácil caer en la tentación de usar estas palabras de Jesús para ponernos a hablar de las crisis familiares, la legislación sobre el divorcio y muchas otras cuestiones relacionadas con esa problemática social. Pero la verdad es que no es eso lo más importante que se plantea en este pasaje.

Jesús no habla de "temas", no analiza o comenta cuestiones teóricas. El Señor habla de situaciones concretas y de las actitudes, también concretas, que deben tener sus discípulos ante esas situaciones. Los fariseos le proponen analizar la cuestión en abstracto, pero Jesús responde desde los hechos y desde las situaciones que vivían las mujeres en esa sociedad patriarcal y machista. Por eso nosotros, al leer el evangelio, no deberíamos caer en la tentación que proponen los fariseos y enredarnos en debates teóricos.

Lo concreto es que se está hablando del lugar de las mujeres y los niños, es decir, del lugar de los más débiles de esa sociedad, del lugar de los marginados y los pobres.

Por eso la cuestión central no es en este texto "qué piensa la Iglesia sobre el divorcio" o "cómo superar la actual crisis de la familia"; el tema es otro: ¿cuál es mi actitud ante el más débil? Y me tengo que hacer esa pregunta no solo por razones sociales o sentimientos humanitarios, sino "porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos", me tengo que hacer la pregunta para acercarme al Reino.

Los fariseos plantean una cuestión social, una discusión sobre el cumplimiento de la ley; pero Jesús va al fondo del problema y no se enreda en discusiones legales, responde desde lo que hizo Dios: "desde el principio de la creación, 'Dios los hizo varón y mujer'". El Señor nos invita a mirar el principio, la creación; y el punto de llegada: el Reino de los Cielos.

Finalmente Jesús nos recuerda que para comprender su enseñanza no hace falta estudiar mucho: "el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él".

¿Cuál es mi actitud ante el más débil? Él "los abrazó y los bendijo"

El pobre hombre rico

Marcos 10, 17-30

Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios». Los discípulos se asombraron aún más y se preguntaban unos a otros: «Entonces, ¿quién podrá salvarse?»

Este texto nos muestra el encuentro de Jesús con un personaje muy especial: es muy ansioso, (llega corriendo y se tira de rodillas), es alguien rico a quien su riqueza no le alcanza para ser feliz, él quiere que Jesús le diga como conseguir lo que no puede comprar: "vida eterna"; es alguien bueno, que cumple los mandamientos, pero no se conforma con eso, quiere algo más. Jesús lo mira con amor, como a todos nosotros, y le dice lo que le falta hacer: dejar de pensar en sí mismo, ocuparse de los demás y confiar en Dios.

Este hombre parece que tiene todo: es rico y es una buena persona; pero no le alcanza, quiere más. Para un judío, en ese contexto, "vida eterna" no quiere decir lo mismo que para nosotros, no está hablando de la vida con Dios, de "irse al cielo"; "vida eterna" es la seguridad de que esa vida que ya tiene sea para siempre. Como les ocurre a todos los ricos, su inquietud es la posibilidad perder lo que tiene. Eso es el "algo más" que está buscando.

Jesús lo va a desilusionar. En lugar de "vida eterna" el Señor le propone seguirlo a él, o sea, le propone lo que el pobre hombre rico no está buscando: inseguridad, vida no-eterna, frágil, peligrosa.

Esta escena se desarrolla ante los discípulos justo cuando el Señor les está tratando de hacer comprender que el Mesías debe padecer mucho y morir. El joven rico los representa a ellos. Jesús les está diciendo que seguirlo a él no es solamente ser bueno ni, menos aún, soñar con grandes cosas.

"Hijos míos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios". El "ojo de aguja" eran unas puertas pequeñas construidas para que por ahí no puedan pasar los camellos. Jesús está diciendo que las puertas del Reino están diseñadas para que por ellas no puedan pasar los ricos.

Para entender esto la clave está en la conclusión a la que llegan los discípulos: "Entonces, ¿quién podrá salvarse?" No dicen "pobres los ricos que no se van a salvar". Se dan cuenta que no es una cuestión de dinero sino algo más profundo. Ellos eran pobres pero se dan cuenta de que la advertencia de Jesús también es para ellos. No tenían dinero y comprenden que Jesús los está invitando a dejar sus riquezas, sus seguridades. Los está invitando a seguirlo a él, que pocos días después morirá en la cruz.

El pobre hombre rico somos nosotros buscando "vida eterna", buscando "ser buenos". El Señor tiene mucho más para ofrecernos ¿Qué es ese "mucho más"?

Seguramente será diferente para cada uno, pero para averiguarlo no tenemos otro camino que dejar nuestras seguridades y confiar... "Para él todo es posible".

Todo lo que tenía para vivir

Marcos 12, 38-44

Les aseguro que esta pobre viuda ha puesto más que cualquiera de los otros, porque todos han dado de lo que les sobraba, pero ella, de su indigencia, dio todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir

En este breve texto aparecen varios personajes.

En primer lugar "los escribas", son los que saben mucho y les gusta ser importantes; se aprovechan de su poder y fingen hacer largas oraciones. Hay que cuidarse de esa gente.

El otro personaje, que puede parecer el personaje central del relato, está en los dos párrafos y da una unidad a todo el texto, es "la viuda". En aquella sociedad, junto con los niños, las viudas eran los miembros más expuestos, más en riesgo. Primero asoman en el relato como víctimas de "los escribas" y luego como ejemplo para los discípulos.

Son precisamente esos discípulos los otros personajes que presenta el texto. No hablan, son convocados por Jesús para observar lo que hace la viuda que da "todo lo que tenía para vivir".

Y finalmente, el verdadero personaje central: Jesús. Él observa a cada uno, los describe, ve más allá, ve los corazones, las intenciones. Con pocas palabras genera un relato cargado de enseñanzas sobre varios temas: nos invita a pensar en la soberbia de los que saben mucho y les gusta ser reconocidos por los demás; a mirar como con ese poder se aprovechan de los más débiles; nos invita también a mirar la actitud de la que no tiene nada pero entrega en el Templo todo lo que tiene para vivir; nos invita a mirar a los discípulos, que en silencio son testigos de ese momento y lo guardan en su memoria para que pueda llegar hasta nosotros.

Sí, él es el centro del relato, lo más importante no es ni el escriba ni la viuda sino él mismo; su manera de mirar, de hablar, de enseñar. Lo más conmovedor es el esfuerzo que hace por mostrarnos cómo es su corazón, como nos ve, como nos ama, lo que le importamos. No solo nos quiere enseñar algo, nos está invitando a compartir su manera de vivir y de mirar la vida. Él no nos da de lo que le sobraba, nos da todo.

Tengan ánimo y levanten la cabeza

Lucas 21, 25-28. 34-36

Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación.

Primero el Señor nos presenta un paisaje aterrador y luego nos dice cómo enfrentar ese momento: "tengan ánimo y levanten la cabeza". Esto es así porque la conclusión de esa descripción atemorizante no es "entonces todo terminará" sino "está por llegarles la salvación".

Luego sí nos dice de lo que tenemos que tener cuidado: para que ese día no nos sorprenda y podamos vivirlo como él nos propone no hay que dejarse aturdir, no hay que permitir que las cosas de todos los días nos distraigan de lo que es importante. Jesús nos advierte sobre el peligro de vivir superficialmente, entretenidos en cosas que nos alejan de los problemas verdaderos. Ese es el peligro al que es bueno estar atentos: vivir distraídos, superficialmente, vivir sin vivir.

Nosotros deberíamos escuchar atentamente esta advertencia porque nos hallamos en un tiempo y una cultura caracterizados por la "industria del entretenimiento". Esa superficialidad es el mayor peligro porque va en contra de lo mejor de nosotros mismos. El ser humano no está hecho para "pasarla bien" sino para dar y compartir, para comprometerse y jugarse por lo que cree. Ese ideal de "buena vida" que se nos propone desde las publicidades es profundamente inhumano. La buena vida es dar vida, amar, trabajar, construir una familia, cuidar a los amigos, sufrir con los que sufren y gozar con los que gozan.

Finalmente las palabras del Evangelio nos ofrecen un camino: oren incesantemente. Es la oración lo que nos mantiene lejos de la superficialidad y con el ánimo alto; es la oración la que nos mantiene cerca de Jesús y abiertos a las necesidades de los demás. Es en el encuentro con Dios en la oración cuando se rompen los conformismos y la sensación de que nada va a cambiar nunca; es allí donde nacen las ganas de vivir y de construir un mundo mejor.

Jesús no es de esos que dicen que si rezamos no nos va a pasar nada y todo va a estar bien, él nos dice que nos pueden pasar muchas cosas difíciles pero que tenemos que estar tranquilos y confiados porque él estará a nuestro lado.

El Adviento que hoy comenzamos para preparar la Navidad es tiempo de espera y tiempo de esperanza. Es tiempo de tener ánimo y levantar la cabeza. La salvación viene, Jesús viene. En Él tenemos nuestra confianza.

Te inquietas y te agitas por muchas cosas

Lucas 10, 38-42

Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas, y sin embargo, pocas cosas, o más bien, una sola es necesaria, María eligió la mejor parte, que no le será quitada.

Jesús está de visita en la casa de sus amigas Marta y María, en Betania, muy cerca de Jerusalén. Y como Marta está de acá para allá haciendo cosas, para atender a Jesús, él la invita a sentarse y quedarse un poco quieta, podemos tomar esa invitación como dirigida también a nosotros.

Si hacemos como María y escuchamos con atención, nos podemos dar cuenta de algo muy importante que no se ve fácilmente: Marta está haciendo lo que en su cultura le correspondía hacer a una mujer y María lo que estaba reservado para los varones. Escuchar a un Rabí, un maestro, era cosa de hombres. La respuesta de Jesús no es solo una invitación dirigida a Marta para que se quede quieta, es una invitación a cambiar de actitud en algo muy profundo e importante. Es un llamado a la conversión, a verse a sí misma de una manera diferente.

Viene bien escuchar este Evangelio en estos días de tantas inquietudes y agitaciones. Nos hace falta escuchar palabras de serenidad que nos recuerden qué es lo importante y qué no lo es tanto. Vivimos tiempos turbulentos en los que conviene saber detenerse, recuperar la paz y, como María, sentarse a los pies del Señor y escuchar su palabra. Pero es probable que para imitar a María tengamos, como Marta, que hacer algo más que quedarnos quietos y prestar atención; es probable que tengamos que cambiar algunas maneras de mirar la realidad y de mirarnos a nosotros mismos.

A veces nos presentan las cosas de tal manera que parece que para entender a Jesús hace falta saber arameo, ser un experto en Biblia y si es posible hacer algunos retiros espirituales cada tanto; pero en realidad es algo más simple y profundo, lo que hace falta es un cambio de actitud más que un curso de teología.

Para repetir el gesto y la actitud de María, lo que hay que hacer es acercarse al Señor. Y darle a esa palabra "acercarse", toda su fuerza y su verdad. Para eso el primer paso es aceptar algo que no es fácil: él no es un personaje del pasado que tiene enseñanzas para nuestros días sino que llegó antes que nosotros a nuestro tiempo.

No se trata de bucear en la historia, sino de comprender el presente. La tarea de "escuchar al Maestro", es inseparable de la de conocer y amar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, porque el Señor es uno de ellos. Él es de ahora, no de ayer. Como a Marta le costaba aceptar que su relación con Jesús le daba un nuevo lugar en la sociedad y ante sí misma; a nosotros nos cuesta aceptar la proximidad del Maestro, lo cerca que está el que nos habla, y lo que cambia el mundo en cuanto nos ponemos a escucharlo.

Ese Jesús de ahora, el que vive en nuestro tiempo y que nos conoce muy bien, es el que nos dice "te inquietas y te agitas por muchas cosas, y sin embargo, una sola es necesaria."

Mi Señor tardará en llegar

Lucas 12, 32-48

¡Felices los servidores a quienes el señor encuentra velando a su llegada! Les aseguro que él mismo recogerá su túnica, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirlos.

"No temas, pequeño rebaño, porque el Padre ha querido darles el Reino". La razón por la que ese pequeño grupo - que por seguir a Jesús estaba viviendo acontecimientos cada día más incomprensibles y peligrosos - no tenía que temer, es que ha recibido un regalo: "el Reino".

En realidad, lo que esa gente veía que había recibido, era a Jesús. Él les está diciendo que al recibirlo a Él están recibiendo el Reino. ¿Por qué? Porque mirando las cosas desde Jesús todo es diferente, Él es la clave desde la que toda la realidad adquiere otro color, otra luz, otra dimensión.

El Reino es ahora, esta vida que tenemos, pero mirada desde el Señor. Por eso lo importante es tener a Jesús presente, mientras Él está vemos el Reino en todo lo que nos rodea. Por eso el error que me deja sin Reino es decir "tardará en llegar". Eso saca a Jesús del presente. En cuanto pensamos así, la realidad puede convertirse en un peso, en una sucesión de acontecimientos que nos llenan de miedo.

"Tardará en llegar", esa expresión abre un espacio hacia el futuro, hacia una presencia que ocurrirá, y, por lo tanto, que no es ahora. El que está preparado, el que está atento, está haciendo presente al Señor; el que está ocupado en la tarea también lo está haciendo presente. Pero en el momento que decimos "tardará" estamos haciéndolo ausente. Desaparece el Reino y vuelve el temor. No vemos la vida desde Él. Lo convertimos en una utopía, en un ideal, en una idea.

Esa es la consecuencia: no ver el Reino, no verlo a Él. Entonces, el texto nos dice, la vida es violencia: golpear, comer, beber, emborracharse.

En cambio para los que están atentos todo es fiesta y por esa fiesta hay que venderlo todo; "él mismo recogerá su túnica, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirlos". Eso es lo que está ocurriendo ahora, en esta Eucaristía.

¿No ardía nuestro corazón?

Lucas 24, 13-35

Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba». El entró y se quedó con ellos.

Después de celebrar la Pascua algunos pueden tener la sensación de que a pesar de todo lo dicho y vivido no ha cambiado nada. La realidad sigue ahí, tal como estaba. Los problemas familiares, laborales o personales están en el mismo punto en el que estaban antes de las ceremonias de Semana Santa. Hablamos mucho de cambios pero parece que está todo igual.

También hablamos de *convertirnos*, de cambiar de vida, y seguramente nos propusimos hacerlo. Quizás también ahora sentimos que estamos en el mismo sitio. Sí, puede ser que nuestro ánimo sea como el de los discípulos de Emaús.

En nuestra cultura la palabra "cambiar" no quiere decir lo mismo que en los textos evangélicos. *Cambiar* para nosotros quiere decir que lo que era de una manera empieza a ser de otra. A veces nos parece que si no cambia *todo* no cambia *nada*.

La palabra "conversión" tampoco tiene el mismo significado en nuestras conversaciones que en la boca de Jesús. Para nosotros *convertirse* es pasar de una religión a otra, o pensamos que *conversión* es el abandono de algún defecto o pecado y el comienzo de una vida nueva.

Con esos significados de *cambiar* y *conversión* en nuestras cabezas, es lógico que después de las celebraciones pascuales tengamos la sensación de que en nuestras vidas *no pasó nada*. Entonces conviene mirar atentamente esta escena que nos muestra a Jesús caminando con los discípulos que iban hacia Emaús.

Allí se nos dice que *les explicó las Escrituras*, o sea que les explico algo que ellos ya conocían. Es decir les hizo ver, de una manera nueva, algo que ya sabían.

Ellos ya conocían esos textos sagrados y también estaban al tanto de lo que había pasado esos días con Jesús; además conocían los anuncios de los profetas que hablaban de cómo sería la vida y la muerte del Mesías, seguramente algunos pasajes los sabían de memoria, *pero no veían la conexión que había entre todas esas cosas*. Jesús relaciona de una manera diferente lo que ellos *ya sabían* y al hacerlo les muestra con una luz nueva lo que estaban viviendo.

Estos discípulos discutían en el camino, cada uno exponía su punto de vista, estaban tristes y trataban de entender. Jesús no discute, los ayuda a mirar más allá, los invita a cambiar de perspectiva, les muestra que tienen que cambiar de punto de vista, tienen que mirar lo que ya saben pero desde otro lugar.

Justamente eso es *convertirse*, la palabra en griego es metanoia, *meta* quiere decir *cambio*, y *noia* se puede traducir como *conocimiento*. El término indica un cambio en la manera en la que se conoce, nosotros también decimos "un cambio de punto de vista".

La conversión, antes de ser un cambio de conducta es un cambio de punto de vista, es abandonar una manera de ver y adoptar otra, es mirar las cosas desde donde Dios las ve. Las mismas cosas que ya vemos, mirarlas de otra manera.

La resurrección de Jesús nos invita a la conversión de la mente y el corazón. Todo en la creación aparece diferente ante nuestros ojos a partir de nuestro diálogo con Jesús resucitado. Una vez que vemos el mundo y nos vemos a nosotros mismos de esa manera nueva, entonces es posible el cambio de las conductas, no antes. Sólo es posible vivir como cristianos *después* de ver la realidad iluminada por la resurrección.

La celebración de la Pascua, que repetimos cada domingo, es el momento de mirar la vida con una mirada nueva, es la oportunidad de sentir arder nuestro corazón mientras escuchamos su palabra y compartimos su mesa.

La puerta Juan 10,1-10

Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos aquellos que han venido antes de mí son ladrones y asaltantes, pero las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento

En este texto Jesús hace una afirmación que nos puede resultar extraña: "Yo soy la puerta". Esta expresión adquiere toda su fuerza y su belleza cuando recordamos que el lugar en el que se guardaban las ovejas en tiempos de Jesús, se parecía a las pircas que hay en el norte argentino, son corrales formados por piedras que habitualmente no tienen puerta, en ese hueco descansa o duerme el pastor.

El que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, sino trepando por otro lado, es un ladrón... El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento... El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir... Pero yo he venido para que las ovejas tengan vida, y la tengan en abundancia...

El Señor usa esta imagen para describir su relación con nosotros. En ella nosotros ocupamos el lugar del indefenso que necesita protección, y Él, el sitio del que cuida y alimenta, del que de esa forma da vida, y mucha vida, abundante.

Las ovejas conocen la voz del pastor y lo siguen, el vínculo que las une al pastor es ese sonido. Mientras estén cerca de ese sonido las ovejas saben que tendrán alimento y protección. El las conoce por su nombre, ellas lo conocen por su voz.

Esta imagen expresa intimidad y profundo conocimiento mutuo, ya no se trata solo de protección, se da un paso más, se establece un vínculo invisible pero muy fuerte, un vínculo de amor...

Ese que nos cuida nos conoce y somos importantes para Él, ¿conocemos su voz? ¿cómo sabemos que es su voz y no la de otro? ¿cómo sabemos que no es la nuestra?

Reconocemos su voz porque nos da vida. *En las voces que nos dan vida está su voz.* Cuando lo que escuchamos no nos da vida, sino que nos la quita, entonces eso no es su voz, es la voz del ladrón, del que viene a aprovecharse, a quitar vida.

Palabras que curan

Lucas 1, 1-4; 4, 14-21

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor".

A partir del texto de Isaías, Jesús anuncia su misión, aquello a lo cual el Padre lo ha enviado: llevar la buena noticia a los pobres; liberar a los cautivos; dar la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos... O sea que Jesús no vino solamente a enseñar algo, vino a hacer algo en beneficio de los más pobres y marginados.

Pero ¿cuál es la buena noticia de Jesús para los pobres? ¿qué libertad viene a traer para los cautivos y los oprimidos? ¿cómo podrán ver los ciegos? La buena noticia es lo que Jesús dice y lo que dice es algo sorprendente: que Dios está junto a ellos, que no son los abandonados de la mano de Dios sino sus hijos predilectos, eso es lo que cambia sus vidas. El Señor les anuncia que Dios es un Padre bueno que los ama. Eso es lo que a los pobres se les propone creer. Eso es lo que a nosotros se nos propone creer.

Jesús no viene solamente a hablar, él viene a curar, a dar vida, su palabra y sus gestos, su vida y hasta su muerte, no solo contienen enseñanzas, son sanadores, transforman, dan vida, salvan. Todos tenían los ojos fijos en él. Mirarlo, estar cerca suyo, cura.

Lo sabemos por experiencia: hay palabras y gestos que enferman y hay palabras y gestos que curan. Jesús no solamente cura cuando hace un milagro, él cura también cuando habla. Y también lo sabemos por nuestra propia experiencia: escucharlo nos hace bien, nos sana el alma, nos ilumina y nos da fuerzas.

Más tarde Jesús envía a sus discípulos, nos envía, a predicar el Evangelio y curar a los enfermos. No son dos acciones diferentes, estamos enviados a pronunciar palabras y tener gestos que curen a nuestros hermanos. El Evangelio en sí mismo es sanador. No hay algunos que evangelizan y otros que curan, evangelizar es curar, es salvar.

Jesús está en la sinagoga de Nazaret, en la misma a la que iba desde chico, en donde se había criado. Allí todos era pobres. Les habla a sus parientes y conocidos de siempre, pero la escena termina muy mal, vamos a verlo el domingo que viene: ¿no es éste el hijo de José? ¿quién se cree que es? Muchos de los que tienen los ojos fijos en él se enojan hasta querer matarlo. No es suficiente ser pobre y necesitar ser salvado, además es necesario reconocerlo y aceptar esa salvación que se propone.

¿Cómo sanan las palabras de Jesús? Diciendo quienes somos. Poniendo ante nuestros ojos la verdad, revelando lo que somos e invitándonos a reconocernos

así y a descubrirnos valiosos a los ojos de Dios que nos ama, tal como somos. Eso es lo que cura, lo que da la libertad, devuelve la vista, hace caminar. Lo que se nos pide es reconocerlo, aceptar la verdad de lo que somos, eso nos hace pobres y en el mismo momento nos salva.

25

No se inquieten, crean en mí

Juan 14,1-12

No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí. En la Casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así, se lo habría dicho a ustedes. Yo voy a prepararles un lugar.

En este pasaje del evangelio Jesús nos vuelve a hablar de nuestras inquietudes, nuestros miedos; una vez más quiere tranquilizarnos y que nuestro corazón esté en paz. Y nos dice que lo contrario de la inquietud es la fe, concretamente creer en él.

En nuestro tiempo turbulento en el que día a día nos sorprenden acontecimientos inquietantes suena la palabra del Señor llena de paz. Es exactamente al revés de infinidad de mensajes que recibimos a diario y que lo que pretenden es justamente sobresaltarnos, asustarnos, angustiarnos, ¿por qué? Parece que somos más manejables con miedo; consumimos más, nos peleamos, nos enojamos, se hacen casi imposibles el compartir, el amor, la solidaridad.

Las respuestas que da nuestra cultura a los cambios que vivimos nos tienen atrapados en un círculo vicioso del que no podemos salir: angustia – desahogo – angustia – desahogo – angustia.

Jesús nos quiere libres, y para que lo seamos no nos invita al desahogo momentáneo; él nos habla del futuro, del final, con palabras llenas de ternura y de consuelo: "en la Casa de mi Padre hay muchas habitaciones"; "cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estén también ustedes"; "si ustedes me conocen, conocerán también a mi Padre"; "el que me ha visto, ha visto al Padre"; "les aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago, y aun mayores..."

¿Qué quiere decir esta última frase? Creo que nos muestra la fe (dice: el que cree) como un vínculo con él mucho más íntimo de lo que podemos imaginar. La fe no nos une a un Dios que está arriba, en el cielo, en el futuro, después de esta vida, o al que se llega si actuamos de determinada manera. La fe nos permite descubrirlo en nosotros mismos y actuando en nosotros y en nuestro tiempo.

Cuando le preguntan cómo se llega al Padre contesta "yo soy el camino, la verdad y la vida". No es un camino que está "afuera", es él mismo; no está afuera de él ni afuera nuestro, "Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí". El camino está en él, que a su vez está en nosotros.

Lo dice el Señor en su oración en el huerto de los olivos: "Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno -yo en ellos y tú en mí- para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado, y que

yo los amé cómo tú me amaste.”

Su llamado a la calma, a no tener miedo, no se apoya en una promesa a futuro sino en un llamado a mirar mejor el presente.

“Yo voy a prepararles un lugar”, no se refiere solamente a la vida futura, creo que lo podemos ver también en presente. Él “ya fue”, el lugar que *ahora tenemos* es el lugar que él nos ha preparado. “Créanlo, al menos, por las obras.”

A la luz de sus palabras podemos ver también estos tiempos turbulentos no solo como una tragedia o como un inmenso desafío, también podemos verlos como un lugar que él nos ha preparado.

Aquel día comprenderán

Juan 14, 15-21

No los dejaré huérfanos, volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes sí me verán, porque yo vivo y también ustedes vivirán.

En su despedida el Señor nos dice que se va, pero que se queda, que estará siempre aunque parezca que no está. Y esa nueva forma de su presencia está relacionada con una promesa: nos anuncia la venida del Espíritu Santo Paráclito.

¿Qué quiere decir *paráclito*? La palabra viene del griego "parakletos", que literalmente significa "aquel que es invocado", es el que intercede, el abogado, el mediador, el defensor, el consolador.

Más concretamente: es el abogado defensor, es aquel que se pone de parte de las personas y las defiende aunque *sean culpables*.

Por eso Jesús nos presenta al Espíritu Santo diciendo: "El Padre os dará *otro* Paráclito" (Juan 14,16). Es *otro* porque el primero que se puso de parte de los pecadores fue el mismo Jesús. El Espíritu Santo es llamado "otro paráclito" porque continúa haciendo presente la salvación.

¿Es una presencia como la de Cristo, pero invisible? ¿Jesús se queda en algo etéreo y sin rostro?

No, el Espíritu Santo no está "en el aire", Jesús nos dice dónde está, está en la comunidad, está en nosotros. Lo reconocemos, lo vemos, descubrimos su presencia a través de signos. Se lo compara con el viento, porque aunque no lo vemos lo percibimos gracias a algunas señales: el ruido, las ramas que se mueven...

La principal señal de la presencia del Espíritu es que nos amamos. Donde hay amor está Dios, está su Espíritu derramándose en los corazones. Por lo tanto, la principal señal de que el Espíritu *no* está es la ausencia de amor.

"Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos". Cumplir los mandamientos, más que una condición para el amor, es el signo de su presencia, es lo que nos muestra que el amor está ahí, y si está el amor está el Espíritu.

Y si está el Espíritu está Jesús, y está el Padre. "Aquel día (el día que reciban el Espíritu) comprenderán que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí y yo en ustedes."

No sólo no se fue, se quedó *en nosotros*. Desde ese lugar, *nosotros*, él está actuando en defensa, y como salvación, de los pecadores. En *nosotros* es *paráclito*, defensor, consolador, protector.

Eso es lo que hoy, y ahora, se nos invita a vivir y transmitir.

Jesús se va ¿qué celebramos?

Hechos 1, 9

Como permanecían con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por qué siguen mirando al cielo?»

Jesús se va "al cielo", ¿qué quería decir esto en tiempos del Señor? Sin dudas la palabra evocaba por entonces algo muy distinto a lo que suena en nosotros al escucharla, para ellos no existía "el espacio" tal como nosotros lo conocemos gracias a las ciencias y a la exploración espacial. Ni siquiera sabían que la tierra era redonda. El cielo era ese lugar de dónde venía la luz y el calor del sol, y desde donde venía también el agua que regaba los campos. Gracias al sol y la lluvia era posible la vida en la tierra.

El cielo era el sitio desde el cual venía la vida y por eso allí "estaba Dios". Y cuando aparecía una tormenta significaba un enojo divino y cuando la sequía assolaba la tierra era seguramente un castigo. "Jesús se va al cielo" quiere decir que se va al lugar en el que está la fuente de la vida, en el que reside la gloria de Dios.

La fiesta de la Ascensión del Señor, que celebramos este Domingo, tiene una característica especial: después de haber insistido durante todo el tiempo pascual sobre la importancia de la presencia de Jesús, ahora celebramos que se va, que ya no está.

En realidad lo que nos recuerda esta fiesta es el momento en el que el Señor comienza a estar presente de una manera nueva, pero es importante subrayar que esa nueva manera implica aceptar una ausencia. Los discípulos, para seguir adelante, deben aceptar el comienzo de una nueva etapa que implica el fin de otra anterior. Esa etapa que deben dejar atrás es el tiempo de la convivencia con Jesús, nada más y nada menos. Dejar de tenerlo ahí al lado, de gozar de su presencia, sus enseñanzas, su ternura...

Se acabó el tiempo de tener a Jesús solamente para ellos, ahora deben entregarlo, anunciarlo. Ahora son ellos los que deben hacerlo presente. Jesús se va, pero se queda en su Espíritu, y ese Espíritu se queda en los discípulos. Ellos son la nueva presencia del Señor.

Es una ausencia que permite otra presencia. Es una ausencia que implica una sorprendente confianza en aquellos hombres y mujeres. El Señor se va porque sabe que la semilla sembrada dará su fruto, que esa pequeña comunidad se dejará llevar por el Espíritu, que sus amigos irán interiorizando sus palabras y viviendo como él les había enseñado.

Podríamos ver la celebración de la Ascensión del Señor como la fiesta de su confianza en nosotros. No solo nos envía a anunciar su Reino, antes, lo deja en

nuestras manos. Toda la fuerza de su Espíritu queda atrapada en nuestra docilidad a decir que sí a sus invitaciones. Como pasó con María. Por eso ella es modelo de la Iglesia.

Seguramente a los primeros discípulos les costó bastante dar ese paso inmenso. Como nos cuesta a nosotros dejar de tener un "Jesús privado" y abrir nuestro corazón a ese Jesús que está en los hermanos, en la comunidad, en los que más sufren, en los que opinan distinto, en los que son diferentes.

No estamos llamados solamente a ser buenas personas, ni siquiera a ser buenos anunciadores de las palabras y las enseñanzas de Jesús; se nos propone algo más: se nos invita a ser nosotros su presencia "El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí" (Marcos 9, 30)

¿Qué hacen mirando el cielo? Dicen los ángeles a los discípulos. A nosotros.

El último lugar

Lucas 14, 1. 7-14

Cuando te inviten, ve a colocarte en el último sitio.

Jesús, que está siempre con los más pobres, va a comer a la casa de un importante fariseo, allí se encuentra con una pobreza difícil de observar a primera vista: la de aquellos que viven atrapados en las formalidades sociales y luchando por ocupar los primeros puestos. La pobreza de aquellos que sienten que son algo sólo cuando se comparan con otros.

Al enseñar que es mejor ocupar el último lugar no sólo está dando un consejo práctico, está mostrando lo que Él hace. Desde el pesebre hasta la Cruz vemos al Señor siempre en el último lugar. Jamás veremos en el Señor esos gestos prepotentes de quienes quieren imponerse a los demás. Es, además, lo que hace con nosotros: nunca se impone a nuestra voluntad, siempre respeta el camino que elegimos, incluso aunque esa decisión no sea buena. Nos advierte ante el mal y nos dice qué es lo que espera de nosotros, pero no nos empuja, no condiciona nuestra libertad.

La predicación del Señor nos invita a ser libres, a no dejarnos atrapar por una sociedad que nos estimula a la competencia, a buscar el primer lugar al precio que sea. Pero no se trata de un consejo para una mejor convivencia, lo que está en juego es mucho más profundo: Jesús lo que nos está señalando es el sitio desde el que se puede acceder al Reino. El Señor nos está animando permanentemente a buscar el Reino, lo demás vendrá por añadidura. Si nos habla del último lugar lo hace porque es desde ahí desde donde se entiende lo que él quiere decir.

“Invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos... porque ellos no tienen cómo retribuirte”. La relación que se establece con el que no tiene como retribuir es una relación de gratuidad. ¿Con quienes me relaciono así? No se trata solo de algo económico, es afecto gratuito, es donación de mi tiempo y de mi ser. El Señor nos está invitando a amar como él nos ama, esa es la puerta de entrada al Reino.

Ninguno de los que estamos acá tenemos cómo retribuirle. Por eso estamos invitados.

Pascua
Juan 20, 1-9

Todavía no habían comprendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos.

Se les había dicho varias veces y de distintas maneras. Lo habían escuchado del mismo Jesús que sabía decir las cosas y explicarlas bien. El mensaje había sido claro y el mensajero no podía ser mejor. Pero no habían entendido.

Es que no era suficiente la inteligencia ni las ganas de entender. Hacía falta ese "fuerte viento que sacudió la casa en la que estaban". Hacía falta el soplo, el aliento, el Espíritu.

La inteligencia y la buena voluntad había que enfocarlas en otra dirección: hacia ese lugar en el que el Espíritu siempre sopla. No había que mirar hacia afuera sino hacia adentro. El Reino no está lejos está en tu corazón.

El Espíritu es como el viento que sopla donde quiere y no sabes de donde viene y adonde va. Pero no sopla en los mares, ni en los bosques o las montañas. Sopla en nosotros y es allí donde podemos percibirlo. Creo que no entendieron porque estaban mirando hacia afuera. No vieron que lo que Jesús estaba haciendo en sus almas era más maravilloso que los milagros y los discursos que los deslumbraban.

Ha Resucitado. Solo podemos estremecernos si escuchamos esas palabras con el oído del corazón, si las escuchamos desde ese lugar de nuestro ser que está hecho para vivir para siempre. Desde ese sitio que ni el pecado logra romper: nuestra dignidad de hijos de Dios.

Somos imagen y semejanza. Estamos hechos para la vida. Nuestro ser lo sabe y quiere dejarse llevar por el viento del Espíritu que alienta en él. Que la alegría no nos detenga. "No podían creer por la alegría".

El Señor está a la puerta y llama. Desde adentro.

¿Dónde está? En el último lugar, como siempre.

Vayamos ahí. Busquemos en el corazón ese sitio donde sepultamos lo que no queremos ver. Corramos la piedra. Allí está la Vida. Que la alegría no nos detenga.

La paz
Juan 20, 19-31

«¡La paz esté con ustedes!». Mientras decía esto, les mostró sus manos y su costado.

Estaban con miedo, sin paz. Jesús aparece trayendo la paz. La prueba de que es Él, la señal que los tiene que tranquilizar son sus heridas. Sí, ese que está ahí es el mismo que estuvo en la Cruz. La muerte no tiene la última palabra, por eso es posible la paz. Una paz diferente, que no es ausencia de guerra, una paz que nadie puede quitar, ni las heridas, ni la muerte.

“Sopló”. Entregó su Espíritu. Les dio el aire que le daba vida para que la vida de ellos fuera la misma que la de Él. Y les ofrece una señal sorprendente: la señal de que tienen su Espíritu es que pueden perdonar los pecados. El primer fruto del Espíritu es la capacidad de perdonar. Esto no se refiere solamente a la potestad del perdón que se expresa en el sacramento de la reconciliación, es algo más amplio, más profundo: nuestra capacidad de perdonar depende de nuestra capacidad de dejarnos llevar por el Espíritu de Jesús.

A Tomás no le alcanza con que sus hermanos hayan visto la señal que trae la paz: “si no meto el dedo en el agujero de los clavos...” La crudeza de la imagen muestra la importancia que tiene el signo de las heridas. Tomás sólo creerá si ve esas mismas heridas del cuerpo muerto de Jesús. Esas heridas eran la clave y lo siguen siendo. No hay mayor testimonio que el dolor que se vive con amor. Con esa Paz.

El mundo sigue gritando ante nosotros que quiere ver esas heridas transformadas en signos de vida. Quieren verlas en nosotros. La clave para ser creíbles es la manera en la que presentamos y vivimos nuestras heridas.

“No seas incrédulo, sino creyente...” Trae tu mano. Toca con amor las heridas; las de tus hermanos; las tuyas. Mira como verdaderamente se pueden transformar. Perdona. Pide perdón. ¡El Señor ha resucitado!

Digamos con Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!" y creyendo tengamos Vida.

Yo las conozco y ellas me siguen

Juan 10, 27-30

Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen.

En nuestro país no hay pastores que caminan delante de las ovejas, los que se ocupan de ellas van a caballo y desde atrás las arrean a los gritos y con perros. En cambio en las tierras en las que hay pastores el pastor camina cantando o silbando y las ovejas, acostumbradas a su voz, lo siguen. Saben que siguiéndolo están protegidas y llegarán adonde hay agua y alimento. El Señor, para describir nuestra relación con Él, usa esta imagen del pastor, las ovejas, y el misterioso vínculo que los une: el sonido de la voz.

Las ovejas no entienden lo que dice la voz, solamente la reconocen, saben diferenciar entre esa voz y otras voces. Nunca seguirán la voz de un extraño. Las ovejas reconocen la voz del pastor y la asocian a una experiencia: cerca de esa voz tienen protección y alimento. Tienen vida. No se trata de entender sino de reconocer.

El primer paso entonces no es entender lo que Jesús dice sino saber distinguir su voz, saber diferenciarla de otras voces. ¿Qué voces nos dan vida? ¿A qué voces asociamos la sensación de una vida plena? ¿Qué voces nos angustian y cuales nos consuelan? Reconocemos la voz del Pastor en aquellas que nos animan y sabemos que no son del Señor las voces que nos angustian. Sabemos que son del Pastor las voces que hacen crecer en nosotros los sentimientos de amor, perdón, alegría, belleza. Sabemos que no son del Pastor las voces que endurecen el corazón en el resentimiento, el egoísmo, la tristeza...

Para poder distinguir entre las voces podemos mirar los sentimientos que generan en nosotros. Esto quiere decir que entonces para reconocer la voz del Pastor no es suficiente escuchar el Evangelio, también hay que conocer nuestros sentimientos, saber escuchar lo que dice el corazón. No es suficiente la voz, es urgente saber qué despierta en nosotros. ¿Escuchamos la voz del Pastor? ¿Escuchamos la voz de nuestro corazón? ¿Sabemos cuál es la relación entre esas dos voces?

La señal es que se aman

Juan 13, 31-35

En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros.

Las señales indican algo. Vivimos rodeados de señales, son tantas que nos desorientan. Lo que esperamos de una señal es que sea clara. Hoy Jesús nos habla de una señal: aquella que indica que somos discípulos suyos. La señal es que se aman. Es una señal para todos, no solo para los demás, lo es también para nosotros mismos: la señal de que soy discípulo es que amo.

Podemos pensar las cosas al revés: los que se aman como Jesús ama son sus discípulos. Esto nos permite descubrir discípulos mucho más allá de los límites de las instituciones. Gracias a que esa es la señal, podemos darnos cuenta de que el número de los discípulos es mucho mayor del que creíamos: todos los que en este mundo se aman como Jesús ama, son sus discípulos.

De esta manera la señal que presenta Jesús relativiza algunos números. Que en el mundo o en el país o en el barrio haya tal cantidad de católicos no quiere decir que haya la misma cantidad de discípulos. Puede haber muchos discípulos que no figuran en ninguna estadística de la parroquia y puede haber quienes están en esas listas y no sean discípulos.

El Señor siempre rompe nuestros esquemas. La señal no es un color, ni un distintivo, ni una manera de vestir, ni una ficha de afiliación a un grupo, ni un himno o una bandera. La señal es un sentimiento! Un sentimiento que se hace visible en palabras, gestos, acciones...

Estamos mal educados con respecto a los sentimientos. Por lo general se nos ha enseñado a desconfiar de ellos y, sin embargo, la médula de la vida cristiana es el amor, ¿y qué es el amor si no es algo que "se siente"? Por algún motivo se nos ha presentado "la razón" como algo más confiable. En los evangelios no nos encontramos con ni una sola palabra en la que se nos invite a "pensar" como Jesús, pero muchas nos invitan a amar como él, a sentir como él. Lo dirá más tarde el apóstol Pablo cuando nos invite a tener "los mismos sentimientos de Cristo" (Flp 2,5).

Es una señal clara, muy clara, demasiado. Se ve enseguida. Se nota inmediatamente su presencia en nuestros corazones, en nuestras familias, en nuestras comunidades. Y es también muy notable, impresionante, su ausencia.

Comprender ahora

Juan 16, 12- 15

Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ustedes no las pueden comprender ahora. Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad.

A muchos de nosotros nos enseñaron que la Trinidad era un misterio. Algo incomprensible en lo que había que creer. Tres Personas distintas y un solo Dios verdadero.

Pero la conclusión no era solamente que el ser de Dios era un secreto misterioso e inaccesible. Solapada había otra afirmación que no se explicitaba, pero que quedaba dicha en un segundo plano, afirmada como obvia y por lo tanto más indiscutible aún: que cuando no se entiende hay que creer; que cuando lo que nos enseñan no se somete a la razón hay que callarse la boca y aceptar sumisamente. Pero más oculta todavía, más indiscutible, en un espacio inaccesible a todo pensamiento, por encima de toda posibilidad de duda, se alzaba otra realidad que se daba por supuesta: había alguien que decidía qué era misterio y qué no. Presentar a Dios como un secreto inaccesible otorga poder al presentador, al que decide qué es aquello que se debe creer sin pensar ni discutir.

Jesús no habla así de Dios, su Padre y nuestro Padre: "Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ustedes no las pueden comprender **ahora**". Aquí lo que está implícito, lo que queda claro justamente porque ni se discute y se da por evidente, es lo contrario de lo que se decía en la clase de religión. Detrás de ese **ahora** está dicho que en otro momento será posible entender, o sea, que es posible entender. Para eso no será necesario llegar a la otra vida, será suficiente dejarse llevar por el "Espíritu de la Verdad", Él "los conducirá a toda la verdad", a toda la verdad de lo que enseñaba Jesús y que ellos **ahora** no podían entender.

Es cierto, no era fácil comprender que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo combinando conceptos filosóficos. Pero de lo que se trata es de descubrir que Dios no es Alguien Omnipotente perdido en una infinita soledad sino que Dios es comunión, comunidad, amor. Que Dios es amor es algo que se aprende viviendo. Es a lo largo de la vida que el Espíritu nos va conduciendo hacia la verdad plena. Hacen falta años, luchas, alegrías, dolores. Hace falta amar y ser amado. Solo viviendo se puede descubrir que Dios es comunión perfecta de amor y que nosotros somos imagen y semejanza de ese Dios que es así. Que de esa profundidad de nuestro ser viene la urgencia de amor con la que nacemos, vivimos y morimos.

No es lo mismo enseñar a un niño diciéndole que Dios es un misterio que **nunca** vas a comprender, que decirle: Dios es comunión, es tres Personas, Padre Hijo y Espíritu Santo, es amor, poco a poco vas a ir descubriendo todo lo que eso significa.

El más pequeño de mis hermanos

Mateo 25, 31-46

"Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo"

En la fiesta de Cristo Rey el Evangelio nos muestra a Jesús "sentado en su trono glorioso" y con "todas las naciones reunidas en su presencia". La imagen es impresionante y da la sensación de una inmensa distancia entre ese Rey y cualquiera de sus súbditos. Pero también se nos informa que ese Rey tan poderoso padeció hambre y sed, estuvo desnudo y preso. Parece lógico que surja la pregunta: ¿cuándo te vimos así?

Entonces descubrimos que toda esa puesta en escena es para decir algo verdaderamente sorprendente: ese Rey es nuestro hermano mayor. Y también descubrimos que es un hermano mayor que se ocupa de sus hermanos menores y los defiende. Hay que tener cuidado con que se le hace a un hermanito de ese Rey, parece que está dispuesto a usar todo su poder para defenderlo y, también, a usar ese poder para premiar a quién se ocupa de sus hermanos más pequeños.

Una primera lectura nos invita a preguntarnos sobre cómo tratamos a los hermanos del Rey, ellos son nuestro prójimo, especialmente los más débiles. Se nos está advirtiendo algo: conviene estar atentos porque el Rey está mirando y nos premiará o castigará según sea lo que hagamos. Pero una segunda lectura nos puede llevar a algo más profundo, más comprometedor y, a la vez, menos angustiante: cada uno de nosotros es el hermanito de ese Rey, y cuanto más frágiles somos, él más nos cuida.

Pero hay otro dato que surge del texto: nadie había descubierto que el más pequeño era hermano del Rey. Ni los que lo habían abandonado ni los que lo habían ayudado. Esto puede cambiar el sentido de todo lo que se nos está diciendo. Parece que el tema no es solamente "cómo tratamos al hermano" sino que lo que verdaderamente se nos está planteando es algo anterior, más elemental si se quiere: se nos está preguntando si lo vemos; si nos damos cuenta que está ahí; si somos capaces de ver lo que está delante de nuestras narices.

Y eso que está ahí, y que no vemos, no es solamente que Jesús está en mi hermano, sino que está en mí. Eso es lo que compromete y transforma la vida, eso es lo que muchas veces no queremos ver. Y para no verlo nos quedamos en la primera línea del texto, ponemos al Señor en un trono lejano, subrayamos el tono amenazador de sus palabras y nos quedamos en el "castigo eterno" de quienes no quieren ser hijos, ni hermanos, sino siervos o súbditos.

El traje de fiesta

Mateo 22, 1-14

Amigo, le dijo, ¿cómo has entrado aquí sin el traje de fiesta?. El otro permaneció en silencio.

El Reino de los Cielos se parece a un señor que invita a una fiesta. La parábola no dice que se parece a un general que convoca a una batalla, ni a un maestro que llama a una clase, ni a una institución que organiza un congreso, ni a un político que llama a una marcha. La invitación es a una fiesta, un momento de compartir gratuito y alegre, de buena comida, cantos, baile, amigos... a eso estamos invitados por Dios. Y tampoco es una invitación para después, para el "más allá"; estamos invitados ahora a la fiesta de la vida.

Pero la invitación es rechazada. En la parábola, y ahora, por diferentes motivos hay invitados que no van a la fiesta.

Jesús habla de sensaciones que todos conocemos: sabemos lo que es estar invitado a una fiesta, sabemos lo que es organizarla, conocemos también la sensación de ser rechazados; de que nuestra fiesta no le importe a quien nosotros creíamos que le iba a gustar y, además, sabemos lo que es rechazar una invitación, algo bueno y gratuito que se nos ofrece. El Señor nos está hablando de nuestra relación con él a través de imágenes y sensaciones, simples y profundas, por todos conocidas.

¿Qué hace al ser rechazado este señor que invita a la boda de su hijo? Invita a otros. No se encierra en sí mismo y su enojo, invita a cualquiera, la fiesta está preparada y se va a celebrar. Invita a desconocidos, a quienes no pensaban ser invitados. Y en la parábola Jesús agrega un detalle clave: se invita a "buenos y malos".

Parece que lo único que importa es si se acepta o no ir a la fiesta, no hay otra condición, ni siquiera se tiene en cuenta la "calidad moral" de los que participan.

Y cuando ya creíamos que habíamos entendido la parábola, que ya habíamos comprendido que Dios invita a todos sin condiciones, entonces aparece en el párrafo final la pregunta desconcertante: "¿cómo has entrado aquí sin el traje de fiesta?"

En muchas parábolas ocurre esto, al final el Señor agrega una frase que nos saca de la lógica y nos sorprende, nos invita a pensar de otra manera. ¿Cuál será ese traje de fiesta? Me parece que cada uno tendrá que responderse. Pero para encontrar esa respuesta conviene tener en cuenta el dato clave: no es cuestión de ser "bueno o malo".

Creo que puede referirse a una actitud. Hay actitudes que salvan a los malos y otras que pierden a los buenos. Por ejemplo: la actitud del hijo "malo" que vuelve arrepentido a la casa del padre y la actitud del hijo "bueno" que reclama al padre sus derechos. O la actitud del fariseo "bueno" que cumple con la ley sin amar y la actitud de la mujer "mala" que derrama su perfume en los pies de Jesús.

¿Por qué unos son elegidos?

Lucas 10, 17-24

No se alegren, sin embargo, de que los espíritus se les sometan; alégrese más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo.

Los discípulos experimentan que estar con Jesús les da poder sobre el mal ("hasta los demonios se nos someten") y Jesús les confirma que es así, que él les ha dado ese poder. Pero inmediatamente les señala que no deben alegrarse por eso, sino porque sus nombres están "escritos en el cielo". Que no deben alegrarse por tener poder, sino por haber sido elegidos. Eso es lo que importa.

Naturalmente surge la pregunta ¿por qué unos son elegidos y otros no? Y de inmediato el Señor nos indica el camino de la respuesta.

Después de decir a los discípulos de qué deben alegrarse, el Señor "se estremeció de gozo". Y lo que provoca ese gozo es que el Padre se manifiesta de tal manera que los sencillos entienden y los sabios no; que Dios se manifiesta a todos, pero que para entenderlo es necesaria solamente una actitud. O sea, que no es necesario saber mucho o poco; que no importa la raza ni la nacionalidad; ni siquiera es cuestión de ser bueno o malo, lo que importa es la actitud del que escucha.

Dios da a todos el poder sobre el mal, pero solo pueden usarlo los que lo reciben de determinada manera. Por eso es tan importante ver la razón por la que se alegran. Si se alegran porque tienen poder, se convierten inmediatamente en "sabios y prudentes", y entonces el poder desaparece. Si se alegran por haber sido elegidos, están reconociendo que el poder no es de ellos sino que viene de Dios, y entonces lo tienen.

El mejor ejemplo que puede iluminar esto es el de María. Ella también se estremece de gozo en Dios su salvador, "porque ha mirado la humildad de su esclava". Para decirlo de una manera un poco torpe: María tiene "todo el poder" porque no tiene ninguno, se sabe pequeña ("esclava"), su única fuerza es saberse "mirada".

Mientras permanecemos en ese sitio de "los pequeños" tenemos ese poder, podemos caminar sobre "serpientes y escorpiones"; en cuanto "nos alegramos" y nos queremos apropiarnos de ese poder, entonces nos convertimos en "sabios y prudentes" y el poder se nos escapa.

Parece que a cada momento, según sea nuestra actitud, (no hay otra condición), se abren o se cierran las puertas del Reino.

Perdonar siempre

Mateo 18, 21-35

Señor, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces?». Jesús le respondió: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Lo que dice Jesús sobre el perdón es uno de esos mensajes cristianos que van a contramano de la cultura en la que vivimos. En medio de tanta competencia y violencia, entre tantas palabras crueles y demasiadas mentiras, hablar del perdón suena extraño y fuera de lugar. Se ha establecido, como normal y obvio, que las relaciones humanas implican competencia, lucha, agresiones, y que el débil es el que está condenado a perder. Todo lo contrario de la actitud de Jesús y de su mensaje, "bienaventurados los mansos".

En este texto Pedro nos representa a todos ¿siempre hay que perdonar? Parece dispuesto a perdonar de vez en cuando, a perdonar cosas sin importancia, a perdonar cuando queremos hacerlo, pero ¿siempre? La dificultad está ahí. Pregunta "¿siete veces?" Como dispuesto a negociar una cantidad, pero la respuesta es demoledora "setenta veces siete", es decir, **siempre**. Esa era la palabra que Pedro no quería escuchar. Nosotros tampoco.

En nuestro interior aparecen instantáneamente una catarata de excusas i hay tantos motivos para no perdonar! Pero antes de analizar esos motivos sería bueno detenernos a escuchar de dónde vienen esas voces. Antes de escuchar qué nos dicen, sería bueno escuchar con qué tono nos hablan. Más que oír sus sugerencias habría que prestar atención a sus argumentos.

Si uno escucha atentamente esas voces que nos impulsan a no perdonar, lo que más llama la atención es lo lógicas y razonables que suenan. Nos presentan argumentos irrefutables y de una sensatez demoledora, pero ¿de qué nos defienden esas voces tan sensatas? ¿de qué nos defendemos ante la posibilidad del perdón?

"Es una injusticia", "si lo perdono lo va a hacer de nuevo", "tiene que aprender"; ¿son esas realmente las razones? ¿Acaso no perdonar es el único camino de hacer justicia, de asegurarse que no lo va a hacer de nuevo, o de dar una lección? Hay muchos otros caminos para eso y lo sabemos. Cuando no queremos perdonar, el obstáculo no está en lo que hizo o dejó de hacer el otro, está en nosotros. Lo que realmente pasa es que hay una herida, una bronca, un dolor, o algo parecido a eso, que pretenden seguir vivos, que no están dispuestos a renunciar a su poder y a sus ganas de venganza. Es una voz que, disfrazada de buenas intenciones, brota de lo peor de nosotros mismos, brota de algo que en realidad no queremos ser, que de verdad no somos.

Por eso hay que perdonar siempre. Para ser lo que somos. Para ser lo que Dios ha creado cuando nos dio la vida. Por eso el Señor perdona y nos enseña a perdonar. Toda la violencia ejercida sobre él no logra modificar lo que él es,

“perdónalos porque no saben lo que hacen”.

El momento del dolor y de la bronca es una oportunidad para detenernos y escuchar nuestro corazón. Justamente lo que no hay que hacer es lo que parece “más razonable”, eso es una trampa de nuestra sensibilidad herida. El camino es otro: atreverse a ir hasta lo más profundo de nosotros mismos y escuchar esa otra voz que quiere perdonar. Hay un sitio en nosotros que sabe que no puede vivir en el odio y el rencor, nos urge llegar hasta ahí y escuchar esa voz. Esa es nuestra verdadera voz. Es una voz que podemos reconocer como propia, que nos gusta escuchar, sabemos que es la voz de nuestro ser, de ese que Dios ha creado.

Perdonar es ir en contra de la cultura violenta en la que vivimos, pero es ir en la misma dirección de lo mejor de nosotros mismos, de la imagen de Dios que está en nuestro corazón.

¿Es grande tu fe?

Mateo 15, 21-28

Jesús le dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, para tirárselo a los cachorros.

El texto de este domingo nos trae una escena rara. En ella nos encontramos con una imagen del Señor que no coincide con lo que esperamos, nos desconcierta. No es lo mismo que vemos en otros relatos evangélicos, menos aún se parece a lo que nos entregan aquellas empalagosas estampitas que nos presentan un Jesús dulce y maquillado.

Quizás por eso nos apresuramos para encontrar explicaciones que nos permitan recuperar la calma y decimos, por ejemplo, que lo que el Señor hace es poner a prueba a esa mujer para explorar la autenticidad de su fe. Sí, está bien, pero la escena parece querer decir mucho más que eso.

Pero, ¿por qué molesta este Jesús áspero y duro? ¿por qué hay que apurarse a recuperar una imagen más tranquilizadora? ¿y si nos dejamos interpelar por este Jesús "difícil"?

Una de las enseñanzas que nos ofrece la lectura de los Evangelios es que el Señor nunca se deja atrapar por nuestras ideas acerca de él. Siempre nos está como descolocando del lugar en el que nos instalamos cuando creemos que ya lo conocemos. Siempre nos desafía y nos invita a más. Nos apremia a ser adultos en la fe.

Él está en tierra extranjera y una mujer no judía le dice "Hijo de David". Lo reconoce descendiente de ese inmenso rey de Israel. Ella se postra ante él (nuevo reconocimiento de su realeza) y le pide auxilio. Él la trata como a un perro, que era el tratamiento de los judíos hacia los extranjeros. La mujer asume ese lugar de "cachorro" e insiste con el pedido. Recién entonces Jesús se conmueve, se admira ante la fe que ha demostrado y su hija se sana.

¿Por qué muchos años después, en el momento de escribir el Evangelio, el autor de este texto conserva esta escena y la presenta así? Quizás nosotros, preocupados por la "imagen de Jesús" la hubiéramos suprimido ¿Por qué se conserva este recuerdo inquietante y molesto? ¿Por qué proponerlo entre las enseñanzas del Maestro?

Creo que este relato nos recuerda que Jesús no es solamente la respuesta a todas nuestras dudas, sino que también es pregunta, siempre abierta y nueva. Los evangelios no son un manual de recetas mágicas, sino un conjunto de textos que nos hablan de una persona que tanto nos deslumbra como nos incomoda.

Nos acercamos, como esa mujer, al Hijo de David, al hijo de María, al hijo del Padre, ¿por qué nos habríamos de encontrar con alguien fácil de entender que se amolda a nuestras ideas, gustos y necesidades? ¿No es mucho más fascinante sorprendernos ante quien a cada momento nos sacude el corazón y la cabeza,

con palabras y con gestos sorprendentes?

¿Tenemos la fe de esta mujer, capaz de sostener el diálogo cuando el Señor no responde? ¿Nuestra fe es grande, adulta, o nos escapamos hacia las frases hechas y las respuestas fáciles?

La paz de su presencia

Mateo 14, 22-33

Es un fantasma, dijeron, y llenos de temor se pusieron a gritar. Pero Jesús les dijo: Tranquilos, soy yo; no teman.

El pasaje del domingo anterior nos mostraba al Señor que quería estar a solas pero la gente se lo impedía. Hoy vemos cómo finalmente Jesús se quedó solo. Pero no le resulta fácil: la expresión "obligó a los discípulos" indica que, por algún motivo, no querían dejarlo solo ¿sería ese un lugar peligroso? ¿sería el temor lo que les impedía abandonarlo? ¿el temor por la soledad en la que quedaba Jesús, o por la de ellos?

Tranquilos, soy yo; no teman. Una vez más Jesús nos invita a estar serenos, a no dejarnos atrapar por el miedo. Evidentemente nos conoce, sabe de nuestras inquietudes. Sabe también que el miedo va apoderándose de nosotros y, un día, sin que nos demos cuenta ni entendamos por qué, puede convertirse en un tirano que nos dice qué hacer, y qué pensar, en todos los momentos de la vida.

Los que tienen poder (político, económico, cultural, religioso, mediático, etc.) nos quieren meter el miedo en el cuerpo, saben que de esa manera nos gobiernan, que si tenemos miedo es fácil decirnos qué decir, qué consumir, qué pensar; y hasta a qué Dios orar o de qué manera divertirnos. Nos asustan con fantasmas y la seguridad que nos ofrecen es una ilusión vacía.

Detrás de la invitación de Jesús a no tener miedo está la invitación a ser libres. "Para ser libres nos liberó Cristo" dirá a los Gálatas San Pablo, y el primer paso de esa liberación es la superación del temor.

¿Y por qué no tenemos que temer a pesar de todo lo que pasa? El motivo cabe en dos breves palabras: "soy yo". La razón de la paz es su presencia, la verdad y la realidad de su presencia: no es un fantasma, una ilusión. El fantasma es el miedo, no él.

Entonces camina sobre el agua. No es un truco de magia, es un gesto cargado de simbolismo y fuerza: caminar sobre el mar embravecido es mostrarse más fuerte que la muerte, más poderoso que las misteriosas fuerzas de la naturaleza.

¿Ilusiones de un grupo de semianalfabetos aterrorizados durante una tormenta en alta mar? Sería tranquilizador contestarnos que sí. Las cosas volverían a su sitio y podríamos seguir con nuestros miedos, que son casi como amigos que hace tiempo conocemos. Nos cuesta aceptar la veracidad de este relato cuando preferimos nuestros miedos a nuestra libertad; cuando elegimos el temor que nos hace impotentes y la parálisis que nos exime de la responsabilidad.

"No teman, soy yo", la frase nace del encuentro con el Padre en la soledad de la oración pero todo su significado se revelará después, "al tercer día". Cuando el

resucitado vuelva a decir "no teman, soy yo", estando "cerradas las puertas por temor"; y vuelva a repetir que no es "un espíritu", que tiene carne y huesos; e invite a Tomás a tocar las marcas que dejaron las heridas de la cruz. Cuando con su presencia nos muestre que realmente podía caminar sobre la muerte.

En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?

Para estar a solas

Mateo 14, 13-21

Al enterarse de eso, Jesús se alejó en una barca a un lugar desierto para estar a solas.

“Al enterarse de eso”, ¿de qué? El texto se refiere al asesinato de Juan el Bautista. Entonces, en ese momento, Jesús necesita estar a solas. Esta breve frase nos muestra en el Señor algo conmovedoramente humano: la perplejidad, el cansancio, la necesidad de recuperar fuerzas. No es solamente el cansancio físico sino el anímico. Todos hemos experimentado algún momento de profunda impresión que nos genera la necesidad de estar solo.

Después, cuando llega la gente, él vuelve a estar disponible; pero es importante observar esa necesidad de soledad en Jesús, una necesidad que comprendemos, sabemos lo que se siente. Quizás observando esto en él nos resulte más fácil aceptarlo en nosotros.

Por algún motivo esa necesidad de soledad suele ser vivida con alguna culpa. A veces nos parece que si realmente fuéramos personas generosas y entregadas no deberíamos sentir ese cansancio. ¿Por qué? ¿Ese pensamiento es fruto de nuestra generosidad y entrega a los demás, o es fruto de nuestra omnipotencia? ¿Por qué podemos cansarnos físicamente y no podemos cansarnos anímicamente? Parece que Jesús no tenía esos problemas de omnipotencia, parece que él acepta su necesidad de soledad.

Pero puede ser que la dificultad no esté solamente en esa exigencia a la que nos sometemos, quizás la cuestión sea otra, puede ser que lo que nos pasa es que no soportamos la soledad. Probablemente cuando nosotros huimos de los demás no nos instalamos en la oración o en la contemplación de la naturaleza, sino frente a la televisión, o frente a cualquier cosa que nos permita no sólo estar lejos de los otros sino también de nosotros mismos.

Para Pascal “la desgracia del hombre consiste en que es incapaz de quedarse quieto en una habitación”. Esas palabras son válidas para todos los tiempos y también para el Señor, que era tan humano como para necesitar esa soledad y tan plenamente hombre como para ser capaz de vivirla, mostrarla a los demás y hasta estar dispuesto a renunciar a ella.

El trigo y la cizaña

Mateo 13, 24-43

El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras todos dormían vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue.

La parábola "del trigo y la cizaña", que escuchamos hoy, nos recuerda que Dios hizo las cosas bien, que la creación es "buena". Lo afirma la Biblia desde el primer capítulo del Génesis en el que, a cada paso, como una letanía, se repite una y otra vez: "y vio Dios que era bueno", y que termina con la expresión: "Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno." (Gn. 1)

No es que a Dios "le gustó" lo que había hecho porque estéticamente "estaba bien", se quiere señalar otra cosa: que era exactamente lo que él quería hacer. Ese calificativo "bueno" no se refiere tampoco a algo moral (lo opuesto a malo) sino que expresa que lo creado era lo que él quería crear.

Es una expresión que refleja la satisfacción del artista al terminar lo que se propuso, se refiere a ese momento en el que la obra está concluida porque ya es lo que se quería que fuera. Podemos imaginar a un pintor en el momento de terminar su cuadro; o al escritor al poner el punto final de su obra; o al ama de casa en el momento de terminar de preparar un rico postre. Ese "vio que era bueno" indica que la creación es lo que Dios quiso crear.

¿Porqué esta insistencia en afirmar la bondad de la creación? Esas palabras se dirigen a personas que vivían en la precariedad del desierto, a la intemperie, de guerra en guerra, y de catástrofe en catástrofe, que fácilmente podían caer en la tentación de pensar que "el mundo era malo". A personas como nosotros.

Lo que les importa a los autores del Génesis, es señalar que, a pesar del mal que hay en el mundo, no se debe olvidar que Dios hizo todo bien, que es él el que conduce la creación y la vida de cada uno de nosotros. Esto es clave, porque es por este motivo que la actitud ante el mal no es el miedo, sino la confianza. La insistencia en que todo ha salido de las manos de Dios y que la creación es buena, nos indica que la actitud primera debe ser confiar en el Creador; después, aunque sea sólo un segundo después, se trata de entender el dolor y el sufrimiento.

Dios ahora nos está creando, y diciendo: "es muy bueno". Por eso podemos mirar lo que vivimos y decir "todo lo que hizo Dios es bueno", o mirar nuestro corazón y repetir: "es bueno". Después, apoyados en esa confianza, viene la tarea de afrontar todo lo que no está bien.

El mal en el mundo, tanto en el libro del Génesis como en este pasaje evangélico, no se atribuye a Dios sino "al enemigo". En el relato de la creación ese enemigo es la serpiente, el demonio; en este texto de hoy no tiene nombre, es "algún enemigo". Nuestra curiosidad nos empuja a averiguar cuál es el rostro y el nombre de ese enemigo, pero los textos no se disparan en esa dirección, lo

que quieren es que quede claro que las cosas fueron bien hechas y que, a pesar de lo que hizo "el enemigo", nada escapa al poder de Dios que, por decir así, tiene el control de la situación.

Es completamente distinto partir de la certeza de que este mundo es bueno y que tenemos mucho trabajo por delante, que pensar que es malo. Si la creación no fuera "buena" deberíamos pensar que Dios nos ha puesto una trampa.

Nuestro trabajo no se parece al del pintor de cuadros, sino al del "restaurador". No tenemos que hacer buena la creación sino redescubrir lo buena que es. No tenemos que inventar el bien sino arrancar, despegar, quitar el mal.

Te alabo Padre

Mateo. 11, 25 -30

Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
por haber ocultado estas cosas a los sabios y a
los prudentes y haberlas revelado a los pequeños

Para la mayoría de las personas ponerse a rezar, la oración, es dirigirse a Dios para pedir algo. También hay personas que relacionan la oración con dar gracias, además de pedir. Para otros rezar es charlar con Dios, dialogar con él. Pocos, muy pocos, relacionan la oración con la alabanza ¿qué es alabar a Dios?

Empecemos por lo más simple ¿Qué hacemos cuando alabamos a una persona? Le decimos las cosas buenas que hace, resaltamos sus mejores características personales, o nos referimos directamente a lo que la persona es, expresando lo bueno, lo bello o, también, lo verdadero de su ser. Cuando alabamos a alguien de alguna manera nos olvidamos de nosotros mismos y vemos el valor que el otro tiene en sí mismo, no para mí. No son valores con respecto a su relación conmigo sino que son valores de él.

Alabar a Dios es expresar sus valores, poner de manifiesto la grandeza y la belleza de sus obras, reiterar una y otra vez su poder, su misericordia, todo lo que él es ¿Y esto para qué sirve? ¿Acaso Dios necesita que yo le diga lo que él es?

Está claro que Dios no lo necesita, pero seguramente nosotros sí lo necesitamos. Nuevamente ¿por qué? ¿quién dijo que tenemos esa necesidad?

Porque cuando hay amor no solamente necesitamos decir a la persona amada que la amamos, también necesitamos decirle lo que ella es. Lo que ella es en sí misma, no solo lo que ella es para mí. Le mostramos a la otra persona sus propias cualidades, queremos que ella las vea, y que las escuche de nuestra boca, para que sepa que nosotros también las vemos.

Este pasaje del Evangelio nos muestra a Jesús alabando a Dios a partir de una experiencia concreta que está viviendo: el Señor discute con los doctores de la ley y los fariseos, y comprueba que no logra que lo entiendan; también percibe que los pobres y los sencillos sí comprenden lo que él dice. Entonces proclama su alabanza: Te alabo, Padre porque habiendo ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes, las has revelado a los pequeños.

No se queja de "los sabios" ni felicita a "los pequeños", alaba al Padre por como hace las cosas. Y después nos dice lo que tenemos que aprender: "aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón". Él es uno de esos pequeños y si somos como él Dios no nos ocultará "estas cosas" sino que nos las revelará, y así "encontraremos alivio", y de esa manera los "aflicidos y agobiados" alabaremos a Dios y en esa alabanza renovaremos las fuerzas.

Dios nos amó tanto

Juan 3, 16-18

Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna.

El texto de este domingo, comienza con esta afirmación de Jesús: Dios amó tanto al mundo que le entregó su Hijo.

El mundo, este lugar en el que vivimos en medio de guerras, injusticias, catástrofes, enfermedades y tantas formas de dolor; este lugar, nos dice Jesús que es amado por Dios.

¿Por qué Dios ama esto? ¿Qué ve de amable, de digno de amor?

Hay un primer tipo de respuestas, que probablemente hayamos escuchado muchas veces, y que a mi criterio esconden una trampa; unas respuestas que de distintas maneras nos dicen que Dios ama el mundo porque es misericordioso, porque es infinitamente bueno, que nos ama a pesar de que somos pecadores y estamos llenos de maldad. En pocas palabras: Dios nos ama a pesar de que no merecemos ser amados. ¿Y porqué Dios habría de amar algo así?

En Jesús no encontramos esas respuestas. De muchas maneras lo que él nos dice es que somos valiosos a sus ojos. Dios no ama lo que no vale nada, él ha creado algo que sí vale, que vale tanto que le entrega a su Hijo. Eso es lo que dice el Evangelio de hoy, la medida de nuestro valor está dada por el precio que se paga por nosotros: el Hijo de Dios que da su vida.

Decir que Dios nos ama a pesar de que no lo merecemos nos deja con una pobre respuesta: agradecer tanto amor y vivir lo menos indignamente posible. Pero escuchar lo que nos dice Jesús, que somos valiosos para él, nos impulsa a buscar ese valor, a conocerlo y desplegarlo.

¿Qué hay en este mundo digno de ese amor? ¿Y en nosotros? ¿Y en mí? Estas preguntas son incómodas y desafiantes, quizás por eso preferimos pensar que Dios nos ama nada más que porque es bueno, porque nos tiene lástima. El lugar de la víctima siempre es cómodo y nos exime de responsabilidades. Pero ser cristiano no es cómodo, es atrevernos a mirar lo que valemos y a hacernos cargo de eso que es valioso.

La tarea que tenemos por delante no es solo el lamento, golpearnos el pecho, decir que no servimos para nada. Eso lleva a la parálisis, eso nos lleva a ser lo más triste que puede haber en el mundo: un cristiano triste.

El desafío es descubrir lo que sí valgo, lo que sí puedo, y hacerlo crecer, desplegarlo. Y saber que eso valioso que hay en mí nunca es poco, porque es lo que él ha puesto, lo que ha creado, lo que ha salvado.

Sopló sobre ellos

Juan 20, 19-23

«¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes» Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió «Reciban al Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen.

En este pasaje del Evangelio de Juan, el momento en el que los discípulos reciben el Espíritu Santo coincide con el momento en el que Jesús les da la paz y con el gesto de soplar sobre ellos. Y la consecuencia de esa presencia del Espíritu en sus vidas es que a partir de ese momento pueden perdonar los pecados.

Veamos paso por paso. La paz. Muchas veces el señor habla de la paz y está claro que no se refiere a la paz de los cementerios, no es la paz que se logra cuando "no pasa nada". La suya es la paz del amor, que se puede experimentar hasta en la guerra. Una paz profunda que nadie puede quitar, que no es una conquista sino el fruto de una manera de vivir. El fruto de la confianza en Dios nuestro Padre, y en la verdad, el bien y la belleza de su creación. Cuando no tenemos la paz del Espíritu de Jesús en nuestro corazón, entonces el alma se llena de las inquietudes y ansiedades del espíritu del mundo en el que vivimos.

Soplar. El gesto repite ese primer instante de la vida humana tal como lo relata el libro del Génesis: Dios hizo al hombre de barro y sopló sobre él un aliento de vida. Lo que hace que ese barro sea ser humano es ese gesto de Dios. Y la palabra "espíritu" quiere decir eso: sople, aliento. Dios es espíritu y crea a hombres y mujeres cuando les da su Espíritu. Jesús crea nuevos hombres y mujeres al soplar sobre sus discípulos y discípulas. Al soplar sobre nosotros.

¿Y en qué consiste esa novedad? En que pueden "perdonar los pecados". ¿Qué quiere decir esto? El gran conflicto entre Jesús y las autoridades religiosas de su pueblo, aquello que lo había llevado a la cruz, era que él perdonaba los pecados y al hacerlo se ponía a la altura de Dios. Solamente Dios puede perdonar los pecados y por eso al hacer ese gesto el Señor se mostraba tal cual era: verdaderamente hombre y verdaderamente Dios. Jesús transmite a sus discípulos lo que él es, no solo sus enseñanzas y sus gestos. Ellos serán a partir de ese momento la presencia de Jesús, la presencia de Dios.

¿Y cómo se notará esa presencia, concretamente, en este mundo? De la misma manera que se notó la presencia del Señor: en el pesebre, en la cruz, entre los leprosos y marginados, comiendo con pecadores... Ése es el sorprendente fruto del Espíritu: estar en este mundo en el último lugar. Iluminar desde ahí.

La resurrección de Lázaro

Juan 11, 1-45

Esta enfermedad no es mortal; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

El evangelio de Juan nos presenta la resurrección de Lázaro como el último milagro de Jesús. Después de esto los jefes del pueblo deciden matarlo.

Jesús, que muchas veces se había presentado como el que da vida, (y dar vida es algo que solo Dios puede hacer), ahora hace algo que va más allá de todos los milagros anteriores: devuelve la vida a un muerto. Jesús hace lo que solo hace Dios; se está manifestando como verdaderamente Dios.

En el mismo momento en el muestra su divinidad aparece también su ternura y proximidad humana: llora, está conmovido, tiene amigos, los demás dicen "cómo lo amaba".

Jesús, verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, es el que da la vida.

La palabra vida, como muchas otras, está gastada. Se la usa de tantas maneras que casi ha perdido significado. Pero de todas las malas utilizaciones hay una que es la peor, esa que asocia "vida" a todo lo bueno que puede ocurrir y la contraponen a "muerte" como lo contrario a la vida y signo de todo lo malo que a uno le puede pasar.

La realidad es que la vida es todo lo bueno y también todo lo malo, el dolor, el sufrimiento y hasta la muerte son momentos de la vida. La vida aparece con toda su belleza cuando es fuerza que enfrenta y supera las dificultades, no cuando es un mero transcurrir entre satisfacciones.

Jesús nos da la vida, quiere decir que Jesús nos da esa fuerza que nos hace capaces de superar las dificultades. La vida que nos da Jesús no es la de la publicidad que nos muestra la gente en un playa del Caribe.

La vida que nos da Jesús es su vida. ¿Y cual era la vida de Jesús? Era una vida de hijo confiado en las manos del Padre. Jesús nos da la vida porque nos enseña a vivir en relación con Dios Padre, porque nos enseña a confiar, porque nos enseña la manera de vivir en paz con Dios y con nuestros hermanos, porque nos muestra el camino que conduce a lo mejor de nuestro corazón.

La muerte de Lázaro, como la ceguera del ciego, "es para gloria de Dios". Son momentos para la manifestación de la fuerza de la vida. Todos nuestros dolores y sufrimientos son oportunidades para experimentar la fuerza de la vida, la fuerza de Dios actuando en nosotros.

Este es probablemente el punto en el que estamos más lejos de la cultura en la que vivimos. Esta cultura en la que no solo nos negamos a ver la muerte, también nos negamos a ver la vida como una realidad llena de luces y de

sombras. Queremos convencernos de que la vida son las luces y que las sombras son la muerte. Por eso no tenemos otra solución que no sea huir. Estamos siempre huyendo de todo lo que nos pueda acercar al dolor y no toleramos la posibilidad de enfrentarlo, vivirlo y superarlo.

Jesús con sus palabras y su vida nos enseña a vivir la vida sin huir del mal, nos enseña a enfrentarlo y nos muestra que tenemos la fuerza para hacerlo. El Reino que él anuncia, y al que nos invita a entrar, es ese sitio desde el cual vemos nuestra vida y la de nuestros hermanos de una manera completamente nueva. Desde ese lugar la vida de cada uno de nosotros es un regalo que en este momento recibimos del Padre. Por eso tenemos que buscar el Reino, y todo lo demás "se nos dará por añadidura".

La ceguera y el pecado

Juan 9, 1-41

Nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios.

Podemos dividir este largo relato, llamado "del ciego de nacimiento" en tres momentos. Vamos a subrayar las expresiones que están relacionadas con el verbo **ver** y con la palabra **pecado** que son el eje del relato y que se repiten una y otra vez de diferentes maneras.

En primer lugar:

Jesús **vio** a un hombre ciego de nacimiento. Los discípulos preguntan por el **pecado** de ese hombre. Lo que **ven** es un pecador. Jesús dice que no hay pecado y cura al ciego. Los discípulos desaparecen del relato. Jesús solo vuelve a aparecer al final, aunque, en realidad, Él es siempre el centro de todo lo que ocurre.

Segundo momento:

El ciego ya curado se encuentra con los que antes **lo habían visto** y ahora no saben qué hacer; no pueden creer lo que **ven** y entonces lo llevan a los fariseos.

Entre los fariseos también se produce una discusión, no **ven** claro, unos **ven** una cosa y otros otra. Como **no querían creer** llaman a sus padres. Y los padres tampoco saben qué decir, ahora ellos están ciegos ante su hijo. Aparece en escena otro elemento: "se habían puesto de acuerdo para excluir de la sinagoga al que reconociera a Jesús". Los padres no quieren ser excluidos (de la sinagoga, de la comunidad) y por eso prefieren **no ver** lo que pasa con el hijo.

Los fariseos llaman nuevamente al ciego pero ahora la discusión no es sobre su ceguera sino sobre Jesús. Dicen que Jesús es el que tiene pecado y dicen que **no saben** de dónde es, "no sabemos de dónde es éste". La discusión termina cuando lo echan (de la sinagoga, de la comunidad). "Tú naciste lleno de **pecado**, (porque era ciego de nacimiento) y ¿quieres darnos lecciones?" (porque responde con lógica a todas las preguntas). En realidad lo que ocurre es que no quieren **volver a verlo**.

Finalmente:

Ya afuera de la sinagoga y la comunidad la situación del ciego se parece a la de la samaritana y a la de los muchos excluidos que seguían al Señor. Entonces Jesús reaparece en el relato, le dice al que había sido ciego quién es Él, le **hace ver** quién es el Hijo del Hombre; y le dice a qué ha venido: "**Para que vean los que no ven y queden ciegos los que ven**".

Y entonces reaparece el tema del **pecado** con el que había comenzado todo el relato, pero ahora de una manera nueva: A la pregunta de los fariseos Jesús

responde: ***"Si ustedes fueran ciegos, no tendrían pecado, pero como dicen: 'Vemos', su pecado permanece"***.

Es el pecado de la soberbia, la soberbia del que cree que puede decir quién es pecador y quién no; la soberbia del que decide quien pertenece a la comunidad y quien no.

Para curarlo Jesús puso barro en los ojos del ciego y él **pudo ver**. También para curarla, Jesús puso **ante los ojos** de la comunidad un ciego de nacimiento que podía ver y ella **eligió seguir siendo ciega**.

Nosotros que **miramos** este relato, **¿qué vemos?**

El hijo de José

Lucas 4, 21-30

Al oír estas palabras, todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron y, levantándose, lo empujaron fuera de la ciudad, hasta un lugar escarpado de la colina sobre la que se levantaba la ciudad, con intención de despeñarlo. Pero Jesús, pasando en medio de ellos, continuó su camino

La primera reacción es una mezcla de admiración y de desconfianza "¿no es éste el hijo de José?" ¿Cómo alguien que conocían de toda la vida podía ser un profeta? ¿cómo alguien de ese pequeño pueblo se ponía a enseñar así?

El problema que tiene esa gente es más actual de lo que parece a primera vista. Lo que les pasa es que creen que ya conocen a Jesús y no están dispuestos a cambiar esa imagen que tienen de él y eso ocurre también en nuestros días. Es algo que sucede a menudo precisamente en los ambientes en los que las enseñanzas de la Iglesia son más conocidas y aceptadas.

Jesús se da cuenta de la situación y pronuncia aquella famosa frase: "ningún profeta es bien recibido en su tierra" y después pone dos ejemplos de profetas que habían sido enviados por Dios a personas que no formaban parte del pueblo judío.

Esto produce una indignada reacción entre los que estaban en la sinagoga y lo empujan hasta una colina "con intención de despeñarlo". Esto ocurre en el principio de la vida pública de Jesús y no es un enfrentamiento con los romanos, los doctores de la ley o los fariseos. Son sus hermanos, son gente sencilla y trabajadora de una aldea muy pobre.

Esto también está cargado de actualidad. Cuando hablamos de Jesús a personas alejadas de la vida de la Iglesia podemos encontrarnos con desinterés o con críticas, pero difícilmente genere rechazo la figura misma de Jesús, las dificultades suelen ser por cuestiones morales o políticas, pero si presentamos nuestra fe en el Señor, y hablamos de él y de su vida y enseñanza, la actitud es de respeto. En cambio si proponemos cambiar o modificar de alguna manera, la imagen de Jesús en ambientes más "católicos", la reacción es de irritación y enojo... ¿por qué no decirlo? podemos encontrarnos con reacciones bastante violentas.

"Hazte conocer por mí tal como eres Dios mío, y no como yo te empequeñezco". Es una bella oración que nos puede acompañar toda la vida. El Señor es siempre más que eso que conocemos de él.

Es importante prestar atención al final de la escena: "pero Jesús, pasando en medio de ellos, continuó su camino." También en nuestros días el Señor sigue adelante a pesar de la ceguera de quienes no están dispuestos a cambiar.

¿No será el Mesías?

Juan 4, 5-42

La mujer, dejando allí su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice. ¿No será el Mesías?». ».

"Dame de beber", en su encuentro con la samaritana Jesús se presenta necesitando algo, algo esencial para la vida, algo básico: agua. Y se lo pide a alguien doblemente excluido: mujer y samaritana (extranjera).

Ella se sorprende y él le dice: "si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice..." El don de Dios es saber quien es Él. Si ella supiera quién es Él descubriría un agua nueva y verdadera, una forma de calmar la verdadera sed: "El agua que yo daré se convertirá en manantial..."

La mujer: "Dame de esa agua para que no tenga más sed", ahora es ella la que pide. Jesús pone una condición: "Ve, llama a tu marido y vuelve aquí". La mujer: "No tengo marido". Jesús: "Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido..." La mujer: "Señor, veo que eres un profeta..." (Alguien que mira en profundidad, que mira el corazón, que no se deja llevar por las apariencias)

Entonces abre su corazón: "Yo sé que el Mesías, llamado Cristo, debe venir. Cuando él venga, nos anunciará todo." (No quedará nada oculto) Ella tiene un conocimiento lejano del Mesías, a su manera, y como extranjera, lo espera.

Entonces recibe el don de Dios: "Soy yo, el que habla contigo".

La mujer corre a anunciar a los demás su encuentro con Jesús, su anuncio no es la proclamación de una certeza sino de una duda, una duda que nace de haberse sentido escuchada, aceptada, reconocida de verdad, no dejada de lado; de haber sentido que alguien ipor fin! realmente había accedido al secreto de su corazón varias veces abandonado... "Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice. ¿No será el Mesías?".

No es el anuncio seguro y solemne de los discípulos: "¡Hemos encontrado al Mesías!" Es una pregunta que expresa una duda y una esperanza, ¿será? Pero la sola pregunta ya es algo inmenso, es una enorme ventana que se abre hacia una vida nueva.

Muchos en nuestro tiempo se parecen a la samaritana y buscan a Jesús sin conocerlo, incluso sin saber que lo buscan. La samaritana había oído hablar del Mesías, no sabía casi nada de él, pero a su manera lo buscaba. Era como esos extranjeros que se acercaban a orar al Patio de los Gentiles del Templo de Jerusalén.

En tiempos de Jesús el templo de Jerusalén tenía varios patios, el de "los gentiles" era el patio exterior, hasta ahí podían llegar los que no eran judíos y que se acercaban a adorar al Dios de Israel. No podían entrar más allá y desde ahí se dirigían a ese Dios que no conocían, del cual solamente habían oído hablar. Es desde ese sitio que expulsa Jesús a los mercaderes y con ese gesto señala que los extranjeros también tenían derecho a la Casa de Dios, para ellos también debía existir la posibilidad de orar en la "Casa de mi Padre".

Si creo que he recibido el don de Dios y que conozco a Jesús ¿Cuál es en mi comunidad, en mi casa, en mi corazón, "el patio de los gentiles"? ¿Hay un lugar para compartir con los que son diferentes y excluidos? Quienes se acercan, ¿se sienten escuchados en profundidad, recibidos, comprendidos?

Si creo que aún no he recibido el don de Dios, ¿lo busco? ¿Estoy buscando un agua que sacie de verdad la sed del corazón, un agua que sea manantial? ¿Escucho a los que se acercan hasta mí pidiendo algo? "Si supieras quién es el que te dice dame de beber..."

¿Dónde ir?

Juan 6, 60 – 69

Jesús preguntó entonces a los Doce: «¿También ustedes quieren irse?». Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios

Muchas veces queda claro en los relatos evangélicos que los discípulos no entienden lo que el Señor les propone, pero este momento es muy especial y la respuesta de Pedro es sorprendente y de una belleza y sinceridad encantadoras.

Jesús termina de pronunciar el discurso del pan de vida. "Éste es el pan bajado del cielo"; "el que coma este pan y beba esta sangre tendrá vida"... los que antes lo seguían se van yendo, es realmente difícil ese lenguaje y no están dispuestos a seguir escuchando.

Entonces Jesús se da vuelta y mira a sus discípulos "¿también ustedes quieren irse?" Parece dispuesto a aceptarlo, él nunca forzó a nadie a estar a su lado. Una vez más vemos a Jesús respetando nuestra libertad, animándonos a usar esa libertad.

Entonces Pedro responde por todos nosotros. Y no dice "Señor nosotros nos quedamos porque nos gustó mucho esto del pan bajado del cielo, eso de comer tu carne y beber tu sangre, nos parece algo muy interesante y después lo vamos a enseñar a los demás". No, Pedro no dice eso ni nada parecido. Pedro dice "¿a dónde vamos a ir?", se queda porque no tiene a dónde ir. No entendió nada, como los que se fueron, pero se queda.

"Tú tienes palabras de vida eterna..." las palabras a veces incomprensibles de Jesús están llenas de vida, de vida para siempre. Es mejor estar junto a Jesús sin entender que estar lejos de él escuchando otras voces. Las palabras de Jesús no son como otras palabras, que se entienden pero no transmiten vida.

Pedro habla por nosotros. Nosotros también nos quedamos porque no tenemos a dónde ir. No estamos acá porque tenemos las cosas claras sino justamente porque no vemos claro; porque estamos hartos de escuchar palabras que no transmiten vida; porque solamente cerca de Jesús encontramos motivos y fuerzas para vivir. Porque Él, para nosotros, es como un pan bajado del cielo.

¿Tienen pescado?

Juan 21, 1-19

Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Ellos le respondieron: «Vamos también nosotros». Salieron y subieron a la barca. Pero esa noche no pescaron nada.

¿Vamos a pescar? Esta pregunta de apariencia trivial se convierte en inmensa si es pronunciada por Pedro poco después de la muerte y la resurrección de Jesús.

La vida cotidiana sigue su curso. Lo han escuchado y seguido a todas partes durante tres años, lo han visto muerto y después resucitado. Pedro debe sentir que desde aquel día que dejó las redes y la barca por seguirlo, un huracán había pasado por su vida. ¿Y ahora? Ahora se van a pescar.

No es un paseo, es ir a ganarse la vida. Esa vida siempre empecinada en seguir adelante aunque uno haya visto morir y resucitar a alguien.

Mientras tanto en la orilla otra escena de todos los días: un hombre prepara fuego y pone sobre él un pescado. Sus manos, con cicatrices, ¡esas manos!, vuelven a hacer lo mismo: meterse en la vida cotidiana de quienes ama. ¡Está preparando la comida para ellos! También como siempre se pone en el lugar del que está necesitado: "Muchachos, ¿tienen pescado?" Les grita desde la costa. "¡Es el Señor!" dice Juan. La vida sigue.

Esta mesa que estamos compartiendo ahora también fue preparada por esas mismas manos, con esas mismas heridas. "Vengan a comer." "Este es el Cordero..." "Felices los invitados..."

"Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor." Nosotros también lo sabemos.

Alégrate por lo que has alcanzado

Cuando escuchamos la Palabra de Dios, "como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos. Porque la Palabra del Señor presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian. El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra, para que todo el que la estudie pueda ver en ella lo que más le plazca. Escondió en su palabra variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos a que abocara su reflexión.

La palabra de Dios es el árbol de vida que te ofrece el fruto bendito desde cualquiera de sus lados, como aquella roca que se abrió en el desierto y manó de todos lados una bebida espiritual. Comieron, dice el Apóstol, el mismo manjar espiritual y bebieron la misma bebida espiritual.

Aquel pues que llegue a alcanzar alguna parte del tesoro de esta palabra no crea que en ella se halla solamente lo que él ha hallado, sino que ha de pensar que, de las muchas cosas que hay en ella, esto es lo único que ha podido alcanzar. Ni por el hecho de que esta sola parte ha podido llegar a ser entendida por él, tenga esta palabra por pobre y estéril y la desprecie, sino que, considerando que no puede abarcarla toda, dé gracias por la riqueza que encierra. Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente. La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, cuando vuelvas a tener sed podrás de nuevo beber de ella; en cambio si al saciarte la sed se secura también la fuente, tu victoria sería en perjuicio tuyo.

Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco".

(San Efrén, diácono)